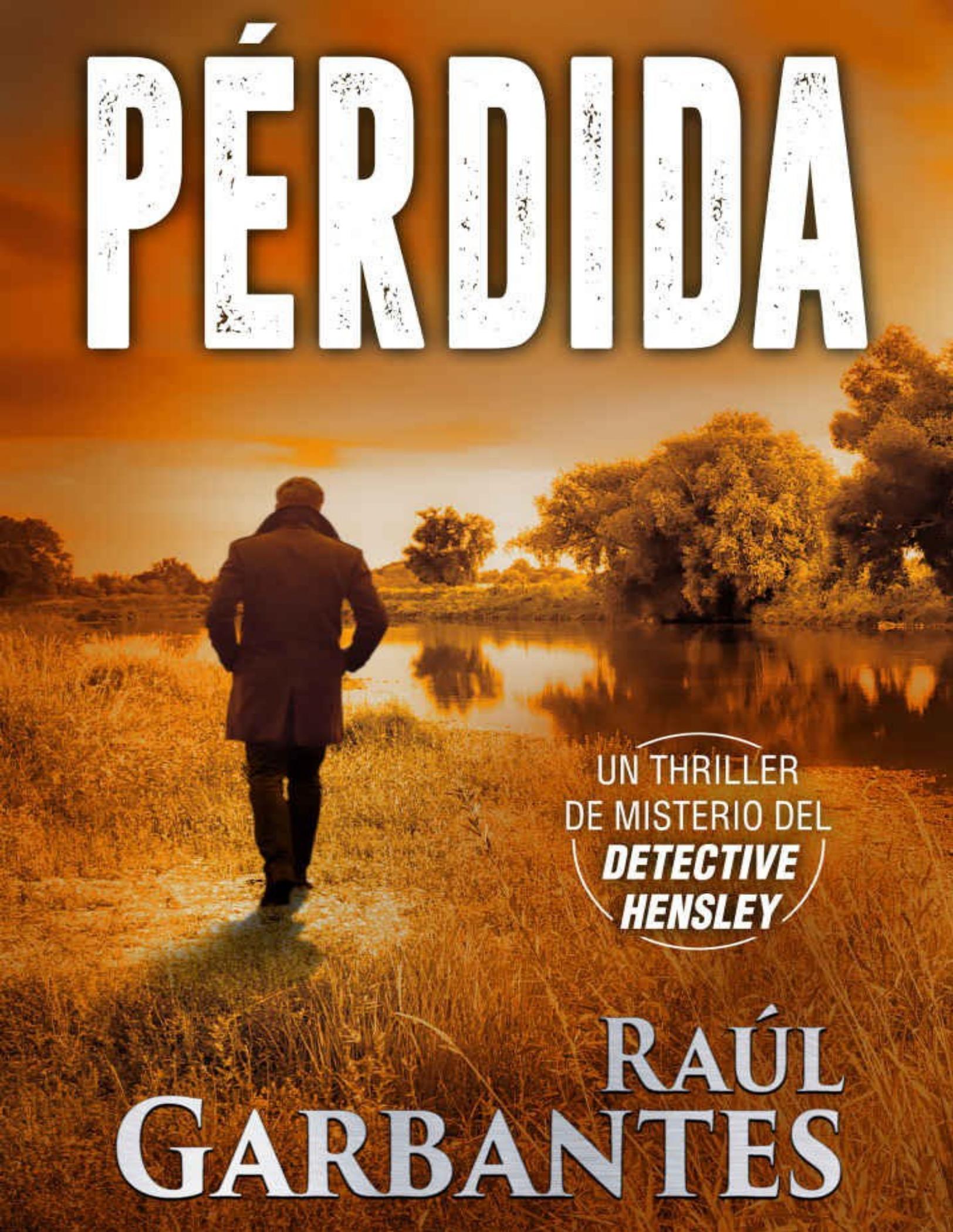


PÉRDIDA

A man in a dark coat is walking away from the viewer on a path through tall grass towards a lake at sunset. The scene is bathed in a warm, golden light, with the sun low on the horizon, creating a long shadow for the man. The lake reflects the sky and the surrounding trees.

UN THRILLER
DE MISTERIO DEL
**DETECTIVE
HENSLEY**

RAÚL
GARBANTES

Pérdida

Raúl Garbantes

Edición Amazon Kindle

Copyright © 2019 Raúl Garbantes
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Consultores de publicación y marketing
Lama Jabr y José Higa
Sídney, Australia
www.autopublicamos.com



Suscríbese a nuestra lista de correo para obtener una copia GRATIS de *La maldición de los Montreal* y mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Haga clic [AQUI](#)

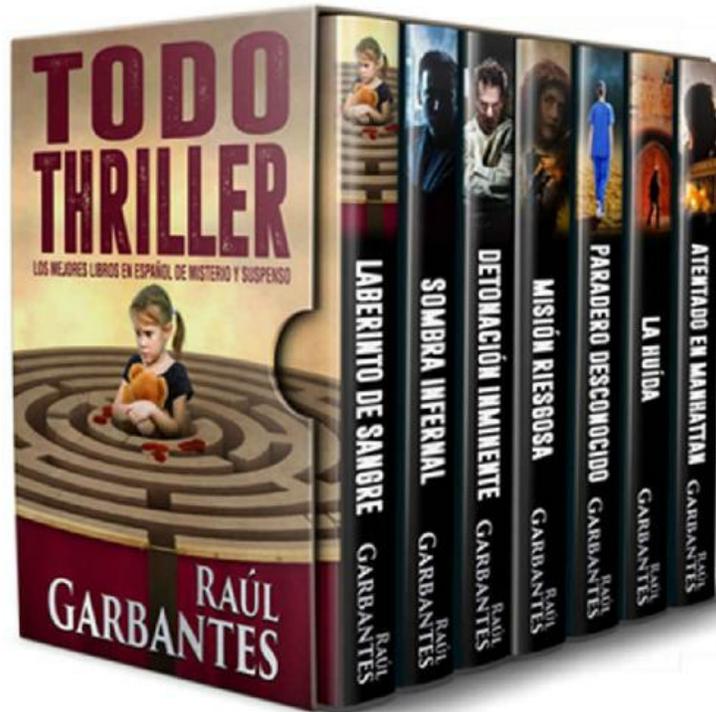
Últimas publicaciones del autor:

Todo Policiaca: Los mejores libros en español de detectives, misterios y crimen



Versión Kindle – Adquiérela [AQUÍ](#)

Todo Thriller: Los mejores libros en español de misterio y suspenso



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Notas del autor](#)

[Otras obras del autor](#)

Capítulo 1

El río St. Marcus ruge con una calma seductora, abriéndose paso por la naturaleza y partiendo en dos el imponente bosque. El viento apenas mece las hojas de los árboles. El sol brilla y desdibuja en contraluz la silueta de una bandada de patos que vuela en formación perfecta hasta que suena un disparo que perfora el cielo y rompe la geometría de las aves.

Un pato herido se desploma hasta perderse tras las espesas copas de los encinos. Su caída alborota a los perros, Coco y Pardo, que salen disparados hacia esa dirección. Vicente Álvarez intenta seguirles el paso. Sus pesadas botas aplastan la hierba. Su imponente figura avanza hasta internarse entre los árboles. Es un hombre latino, corpulento y que debe rondar los cincuenta años, con el cabello apenas entrecano y una mirada sagaz. Vicente va vestido con ropa camuflada, sujeta su rifle con determinación y lanza chiflidos ocasionales a sus perros para que aminoren la carrera. Pero estos, por supuesto, no le prestan atención.

Vicente camina a toda prisa por el extremo sur del viejo dique, una construcción que hasta hace unos años era percibida como una obra revolucionaria para la región, pero que ahora estaba desgastada, decorada con grafitis absurdos y casi siempre seca. Lo curioso era que los volúmenes de agua siempre crecían durante la temporada de lluvias. En tiempos de tormentas hasta daba la impresión de que todavía estuviese en funcionamiento. El dique viejo, en todo caso, poseía una virtud especial: si te parabas justo al centro, podías ver más allá de los árboles del bosque la tenue silueta lejana de una ciudad: Bar Harbor.

Tras algunos minutos de extenuante carrera, el cazador al fin alcanza a sus compañeros de aventuras. Vicente voltea y se sorprende por lo rápido que dejó el dique atrás, que ahora parece una maqueta a escala en lontananza. Debe ser por lo pronunciado del terreno, que en esa parte va poco a poco en descenso. El cazador observa cómo Coco y Pardo ladran con fuerza a la orilla del río. Sus patas chapotean un poco, pero no se atreven a mojarse: el agua está helada, incluso en un día tan cálido como ese.

—¡Shhh! ¡Silencio!

Los perros se callan inmediatamente. No obedecen a los chiflidos, pero sí a las órdenes directas de su amo, que otea el paisaje en busca de su víctima.

—Maldición.

Vicente se da cuenta de que el pato cayó al otro lado del río. Ahí está, inerte y muy pegadito a la orilla. Se quita la gorra y se limpia el sudor. Imposible cruzarlo en ese punto. El agua está fría, la corriente es fuerte. Y volver sobre sus pasos y cruzar por el dique hacia el otro lado les robaría demasiado tiempo. La derrota se dibuja en su mirada.

—Hoy nos jodimos, muchachos, vámonos —dice como si esperase una respuesta de Coco y Pardo, que parecen inquietos. Quizá sea por la frustración de no poderle hincar los dientes a la presa.

Vicente se da la media vuelta. No necesita avanzar más de seis pasos para darse cuenta de que hay algo raro. Los perros no lo están siguiendo. Los llama:

—¡Coco! ¡Pardo!

Entonces empiezan a ladrar otra vez a la vera del río.

—Me lleva... ¡A ver, ya, háganse a la idea! Hoy nos quedamos sin pato, ¡benditos perros!

Así es como Vicente nota que no le están ladrando al pato, lejano e inalcanzable. Hay algo flotando en el río, meciéndose al ritmo de la corriente, pero atrapado entre las ramas de un tronco caído y una cuneta de rocas. El hombre se mueve por el borde de la corriente, mojando sus botas. Solo entonces obtiene una vista clara: una melena negra se bate por la fuerza del agua. Unos brazos cortos y magullados se mecen con rigidez. Unos pies pequeños flotan y se hunden con parsimonia, han perdido un zapato. Un cuerpo infantil yace bocarriba, rígido e hinchado. Con las cuencas vacías porque los ojos han sido devorados ya por los pájaros o los peces. El vestido floreado de la criatura está empapado y raído. El terrible olor de la muerte se mezcla con el edificante aroma del encinar. Los labios entreabiertos hacen pensar que la niña está arrojando un último estertor eterno. Un grito desde el silencio.

Frente a Vicente hay un cadáver.

El cazador da un pequeño salto y ahoga un grito. Da un par de pasos atrás, pero pierde el equilibrio. Cae y suelta su rifle, ese que no suelta por ningún motivo, al que se le escapa un disparo al aire.

Coco y Pardo se echan a ladrar con más fuerza que nunca.

Capítulo 2

Brenda Bracken se aferra a su taza de té como un cazador a su rifle. Ve el reloj de pared y, de forma intermitente, comparte algunas miradas de preocupación con el impecable Bruno Helton, productor de los informativos en la estación de radio para la que trabaja: WBH Newsradio, la frecuencia líder en su rubro dentro de la singular ciudad de Bar Harbor, un rincón del estado de Maine que por momentos parece encapsulado, ajeno al resto del mundo. Dentro de la cabina no hay nadie más que ellos dos y su tormentosa tensión. Irónicamente, afuera llueve a cántaros. Es la primera tormenta de la temporada. Del otro lado del doble cristal está Ximena, la operadora, garabateando cualquier cosa en la parrilla de programación.

—Desde que iniciamos este proyecto, siempre supimos que podía pasar que algún invitado no se presentara, Brenda. A nadie le gusta exhumar el pasado. Y menos desenterrar recuerdos como este —dice Bruno.

—Estoy segura de que se va a aparecer.

Él la mira con cierta incredulidad, pero Brenda no lo nota. Tiene los ojos clavados en la puerta de la cabina, como si su mirada fuese suficiente para invocar a la persona que están esperando. El letrero luminoso que corona la puerta está todavía apagado. Desde los audífonos que están sobre la mesa se escucha un leve murmullo que parece el reporte de un partido de fútbol. Ximena hace un ademán desde la cabina. Brenda se recompone, se coloca los audífonos y toma un poco de aire.

Cuatro.

Tres.

Dos.

El letrero luminoso se enciende con un «al aire» color carmesí.

—¡Muchas gracias por el reporte, Bob! Ya veremos qué pasa en los *playoffs* y si las nuevas lluvias le dan tregua al equipo local. Ahora nos vamos a un corte, pero al regresar arrancaremos con nuestra prometida serie especial «Diez años bajo el agua», con una entrevista reveladora y nuevos detalles de un crimen que conmocionó a Bar Harbor y que, en su momento, se dio por resuelto. Pero hay nueva información en el horizonte. ¿Caso cerrado? No lo creo. Si quieres saber más, quédate con nosotros. Yo soy Brenda Bracken y estás escuchando WBH Newsradio.

Un desangelado anuncio de un seguro de vida se apodera de la transmisión radiofónica después de la cortinilla del programa. Brenda se quita los audífonos.

—¿Sabías que desde hace más de ciento cincuenta años los estadounidenses pagan para «asegurar» su vida? Eres tan valioso como tu seguro. Y tan poderoso como tu compañía aseguradora.

—Solamente tú puedes anunciar una entrevista con un entrevistado que no existe —responde Bruno sin poner atención a lo que Brenda dijo.

La periodista lo acribilla con la mirada. Él intenta sostenerle la vista, pero no puede. Tiene que mirar hacia su celular, fingiendo que revisa un mensaje que en realidad no ha llegado. La conductora se frota la cara. Respira con cierta resignación... Pero una serie de golpes secos la sacan de su trance derrotista. Ximena está parada contra el cristal que la separa de los micrófonos con una hoja de papel en la mano que dice: «El invitado está aquí. Empapado, pero aquí».

Capítulo 3

David Hensley arroja una colilla de cigarro por la ventana de su SUV. Es de noche y la ciudad está prácticamente vacía pero no en silencio. Del otro lado de la autopista se escuchan el lamento de las patrullas y las ambulancias por aquí y por allá, como un recordatorio de que el peligro o la muerte en esta urbe pueden alcanzarte en cuanto se les presente la oportunidad. Aunque también es cierto que en Bar Harbor, la mayor parte del tiempo, no sucede nada.

El detective Hensley conoce ambas caras de esta ciudad. Vive en una paradoja. Él es un hombre que aprecia la tranquilidad. Ojalá las sirenas fuesen algo que siempre sucede en otro lugar, lejos de él. Por el contrario, tiene que justificar su cheque en la comisaría. En su nómina, el crimen sí paga.

Así que David revisa una carpeta que tiene sobre las piernas. Pasa un documento tras otro. Solo por momentos levanta la mirada y quita el pie del freno para que el carro avance de poquito en poquito. Está formado en el autoservicio de un restaurante de comida rápida que vende hamburguesas que saben a cartón y papas con la textura de masa cruda. Es lo que hay. La radio suena de fondo.

—Estamos de regreso en WBH Newsradio. Yo soy Brenda Bracken y hoy tenemos la primera entrevista dentro del serial «Una década bajo el agua». —Se escucha a través de las bocinas del coche. David sube el volumen. Llega al fin a la ventanilla. El empleado ya tiene lista su orden y él ya tiene listo el dinero. La transacción es inmediata.

—Lo de siempre.

—Lo de siempre.

El empleado intenta despedirse con un «buenas noches», que se queda a la mitad porque David ya ha pisado el acelerador y se ha internado en la avenida. El detective avienta la bolsa de la hamburguesa a cualquier parte. De pronto parece más interesado en lo que sucede en la radio que en saciar su apetito.

—Esta noche está con nosotros una de las personas clave para ayudarnos a reconstruir la narrativa de la desaparición y asesinato de la pequeña Jenny Keir, ocurrido hace ya diez años. Como saben, Jenny apareció flotando una mañana en el río St. Marcus no lejos de la ciudad. Tenía solo once años. Su cuerpo fue encontrado por Vicente Álvarez, quien rompe el silencio para contar públicamente su historia.

David Hensley frena de golpe y se planta a un lado del camino, estacionándose con anarquía total. Si hubiese sido hora pico, habría provocado un embotellamiento. Arroja la carpeta que tiene sobre las piernas al asiento trasero de su SUV. Se estira al asiento del copiloto, donde hay un corpulento y desordenado fajo de fotocopias malas y fotografías viejas. David revuelve con desparpajo hasta encontrar lo que busca. Es una fotografía de Vicente Álvarez que está unida con un clip a un documento. O, mejor dicho, a una declaración.

—Buenas noches, Vicente —dice Brenda en la radio—. Muchas gracias por acompañarnos y ayudarnos a reconstruir los eventos en torno a este atroz crimen.

—Buenas noches —responde Vicente, lacónico.

—Y bien, ¿por dónde quieres empezar?

Hay un silencio. David sube el volumen y toma la declaración fotocopiada. El coche apesta a hamburguesa de franquicia. Hasta arriba de su montaña de papeles ha quedado descubierta una fotografía del cadáver de la pequeña Jenny sobre una plancha forense. David la mira, pero decide que, por el momento, es mejor entregarle toda su atención a Brenda Bracken y su programa de radio.

—Patrañas amarillistas —farfulla el detective.

Capítulo 4

Brenda está metida en la ducha. No se enjabona. No se aplica el champú. No hace nada. Es como una estatua contra la lluvia. Simplemente deja que el chorro caliente golpee su piel. Puede ser que esté llorando, porque de pronto su cuerpo se agita de manera casi imperceptible. Pero es imposible saberlo a ciencia cierta. Tal vez el agua en sus mejillas es solo el agua de la ducha.

El vapor escapa cuando Brenda por fin abre la puerta del baño, que ahora parece una sauna finlandesa. Así, desnuda, se dirige a la cama. Se acuesta con el pelo mojado. No le importa. Y Bruno Helton la abraza con suavidad.

—No deberías estar aquí. No debería estar contigo —le dice.

—Y esta noche no deberías dormir sola.

Brenda se pone a llorar. Y ahora no hay una ducha que le ayude a disimularlo. Bruno la aprieta contra su cuerpo.

—¿Estás bien?

Brenda se libera del abrazo y se sienta en la cama. Se recompone y lo mira a los ojos.

—Hay algo que no te he dicho —dice la periodista con severidad. Bruno parece intrigado.

—Te escucho.

—Primero, creo que lo que voy a decirte podría, no sé, cambiar la imagen que tienes de mí, profesionalmente hablando... Y es que hay una razón en particular por la que el caso de Jenny Keir me interesa tanto. Por eso me aferré tanto a que me dejaras retomarlo.

—Dijiste que crees que el caso se cerró erróneamente. Que andas tras algo y que pronto me podrás decir todo. Ya hablamos de esto —interrumpe Bruno.

Ella se toma un respiro. Se yergue justo como lo hace una persona que está por saltar al vacío. O por desplomarse.

—Jenny Keir era mi hermana.

—¿Qué? —dice Bruno, que también se ha enderezado sobre la cama. Intenta buscar la mirada de Brenda, que se ha ido a perder por la fisura que dejan las cortinas de la ventana.

Asiente. Contiene una catarata de lágrimas sin quebrarse.

—Qué m...

Brenda lo silencia con el índice en los labios.

—Voy a contarte todo. Voy a darte mis razones. Voy a ser transparente contigo.

—No sé si entiendo del todo.

—Pues si quieres producir este serial para mí, vas a tener que entender.

Bruno se levanta. Normalmente, es un hombre que no tolera sentir el piso helado en la planta de los pies, pero en ese momento se le ha olvidado esa pequeña manía. Está impactado.

—¿Quién eres?

—Necesito saber que continuaremos con esto sin importar las consecuencias.

—No sé. El caso de Jenny Keir tiene un valor mediático tremendo. Nuestros *ratings* volaron con la primera entrevista. He estado luchando porque nuestro esfuerzo sea visto con ojos periodísticos y no con sensacionalismo. Pero que tú seas la hermana de Jenny... podría colocar varios signos de interrogación en torno a la objetividad del proyecto.

—Escúchame. Yo estaba con Jenny el día que desapareció. El día que se la llevaron. Nuestra madre salió, yo la estaba cuidando. Tenía dieciséis años. No puedo perdonarme lo que le pasó a Jenny. Yo estaba ahí cuando todo este infierno empezó. Cuando cayó el «culpable», cuando todo se «resolvió», algo no cuadró para mí. Y ahora menos. El caso está... incompleto, al menos. Han pasado diez años y, te lo juro, hay una pieza de rompecabezas extraviada.

Bruno da vueltas alrededor de sí mismo.

—Brenda «Bracken». Eres la hermana de Jenny Keir.

—Hermanastra. Llevo el apellido de mi madre.

Al hombre se le desarma la mirada.

—Esto se está tornando surrealista. «Hermanastra» de Jenny Keir. Y, por tanto, la hija mayor de Karen y Neil Keir.

Al escuchar ese nombre de la boca de Bruno, dicho así, con tanto azoro, Brenda al fin se rompe.

—Yo tuve la culpa de todo.

Capítulo 5

El detective David Hensley entra a la comisaría con aire desgarrado, algunas gotas de lluvia dibujadas en el abrigo y con un portafolio rebosante de papeles. No saluda. Responde con gruñidos a los pocos «buenos días» que escucha camino a su escritorio. La actitud se le descompone aún más cuando llega a su silla y encuentra ahí a su colega Sally Lonsdale hurgando en los cajones. Hensley arroja el portafolio sobre el escritorio con lujo de dramatismo. Lonsdale pega un pequeño salto y lo mira. No está enojada. Incluso le lanza una sonrisa socarrona.

—¿Qué haces en mi lugar, Lonsdale?

—Trabajando —contesta Sally.

—Tu escritorio es por allá —dice David señalando hacia una puerta con el rótulo de «salida»—. ¿Encontraste lo que estabas buscando en «mis» cosas?

Sally saca del primer cajón del escritorio un folleto de una comunidad de retiro en Vermont.

—Debe ser interesante ser un anciano prematuro como tú, Hensley. ¿Sigues soñando con el retiro?

—¿Y tú sigues soñando con la felicidad conyugal?

Ella ahoga una mueca. El chiste la ha calado, pero también le ha hecho gracia.

—Tu mujer se sacó la lotería, Hensley.

—La lotería es para idiotas. Estar casado conmigo es más como un juego de *Jeopardy!*

Sally intenta abrir el portafolio de David, pero la detiene.

—Solo porque ahora mismo estamos compartiendo un momento especial entre investigadores no significa que puedes hurgar más de lo que ya has hurgado hoy, Sally.

—No necesito hurgar. Sé muy bien lo que es. Kendra Davis vino a preguntar por ti, quería saber si las fotocopias que sacó eran las que necesitabas. Aparentemente, fueron muchas fotocopias.

—¿Quién es Kendra Davis?

—La chica del archivo de la oficina del forense que mató cien árboles en fotocopias para que tuvieras a la mano todo lo que hay sobre el asesinato de Jenny Keir.

El detective jala una silla y se sienta rápidamente junto a ella. Sonríe, pero solo para disimular.

—Siempre quieres ir un paso adelante.

—¿De ti, Hensley? Por supuesto.

David la mira a los ojos. Confía en ella a su manera. Ambos tienen una historia profesional que en más de alguna ocasión se ha cruzado.

—¿Has escuchado a Brenda Bracken?

—La periodista de la radio. Claro. Su programa es de los más escuchados.

—Hace un par de días inició un serial de entrevistas titulado «Una década bajo el agua». Lo

ha estado cacareando mucho. Dice que entrevistará a los viejos testigos del asesinato de la niña Keir. De hecho, ya inició con el primero: Vicente Álvarez. ¿Lo recuerdas? El cazador que encontró el cadáver.

—Amarillismo. Quieren levantar los *ratings*. Ese tipo de emisiones se venden bien, David. Y todos sabemos que Sammy Pérez, el culpable, está en prisión.

—Escuché la entrevista. Fue buena. Y para escucharla fue que saqué las fotocopias del archivo del caso. Quería una experiencia interactiva —dice Hensley con una buena dosis de sarcasmo—. No sé. Sería interesante que la chica tuviera razón, que hubiera más de lo que ya sabemos. Más de lo que nuestro viejo jefe documentó en su momento. ¿Te acuerdas lo celoso que fue con el caso?

—Y yo pienso que las cosas han estado tan tranquilas por acá últimamente que tú estás desesperado por tener algo que hacer y un caso en el cual trabajar. ¿Quién lo diría?

Hensley la mira con el mismo desprecio conque observamos a quienes tienen razón, pero deseamos que no la tengan.

—Es mi instinto de detective.

Sally se levanta.

—Yo pensé que todo esto —afirma y señala al portafolio a punto de reventar— obedecía a que ya tenías algo firme. Iba a ofrecerte a echarte una mano. Pero está de más. No tienes nada. Solo eres tú y tu senilidad temprana.

La detective se va. David Hensley se queda pensativo, mirando el portafolio absurdamente lleno de expedientes fotocopiados. Mira el reloj y, al ver la hora, se sacude sus pensamientos. Bosteza. Enciende la radio y comienza a escuchar una nueva emisión del programa de Brenda Bracken.

* * *

Karen Keir observa los automóviles pasar mientras su esposo Neil conduce por la autopista. Un letrero de desviación anuncia que faltan veinte millas para llegar a Bar Harbor. Karen y Neil están ligeramente bronceados. Y también cansados. Han manejado desde su casa de playa en Bethany Beach.

La desviación los arroja a un camino boscoso y sinuoso. El río St. Marcus aparece y desaparece a lo largo de la carretera. Solo se queda con ellos cuando llegan a la altura de la vieja represa. Al aparecer frente a la pareja, Neil trata de ignorar la estructura, pero Karen se le queda mirando con cierto reproche. Unos chicos con patineta y cabellos *emo* pasean sobre el dique. Son como pequeñas figuras a escala que cualquiera pasaría por alto, pero que Karen no puede ignorar.

—Jenny nunca se subió a una patineta.

—Cállate, mujer —le reprende Neil—. Por favor, cállate.

—No quiero llegar a casa —dice la mujer que hace unas horas se quejaba del ruido de las olas del mar y que no podía esperar a volver—. ¿Has llamado a tu hija?

El viejo dique ha quedado atrás y ahora Karen lo mira por el retrovisor. Neil la observa. Ni se molesta en repetir la pregunta.

Ya llamará él a Brenda cuando lleguen a casa. O, al menos, la sintonizará en la radio.

Capítulo 6

Por culpa del tiempo, el cabello de Vicente Álvarez se ha teñido totalmente de blanco. Está sentado en un viejo pero mullido sofá, bebiendo una cerveza y mirando televisión. El equipo universitario de fútbol de Bar Harbor está siendo apaleado en el canal local. Una tragedia. Vicente lanza consignas condenatorias con la misma velocidad que una ametralladora. A sus pies está un perro muy avejentado, cansado y medio ciego. En la placa del pastor australiano puede leerse su nombre: «Pardo».

El mariscal de campo hace el pase y... todo se vuelve oscuro.

Un apagón.

Vicente lanza una maldición que hace que Pardo se agite por un momento, aunque pronto vuelve a su estado de letargo. Para Pardo, los tiempos de zarabanda, ladridos y cazar patos han quedado atrás. Vicente se levanta y se asoma a la calle. Es impresionante cómo se ha hecho ya de noche. Por esos días la luna sale muy temprano. Pero lo que en verdad le molesta es notar que todos sus vecinos tienen luz, menos él. De nueva cuenta se ha fundido algún tapón en la caja de fusibles.

Vicente saca la caja de herramientas de debajo del fregadero de la cocina y toma un par de tapones nuevos. Son los últimos que quedan. Antes de salir de la habitación garabatea algo en la lista de compras pegada en el refrigerador.

—Pardo, ¿me acompañas?

El perro apenas si levanta la mirada, echado sobre la alfombra.

—Me lo imaginé.

Vicente toma una lámpara de mano antes de salir de la casa. Intenta encenderla, pero no funciona. Le da algunos golpes, aunque es inútil. Son las baterías.

—Lo que me faltaba.

Vicente cruza la puerta principal y camina por el porche hasta llegar a un pasillo de hiedra que conecta el jardín frontal con el patio trasero, separado apenas por una puertecilla maltrecha. Vicente la empuja y, con solo pasar el umbral, encuentra la caja de los fusibles. Uno de ellos está chamuscado.

—¡Carajo!

Vicente intenta levantar la manivela del interruptor. Está atascada. Del esfuerzo, la cara se le ha puesto roja. Mira a su alrededor y encuentra un fierro viejo, con el que empieza a dar golpecillos al interruptor, intentando desatascarlo. Y lo vuelve a intentar. Con fuerza. Con mucha más fuerza hasta que, por fin, el interruptor cede. Del golpe, uno de los dos tapones nuevos cae al suelo. El jardín está un poco crecido, así que Vicente, en la oscuridad, tiene que agacharse para buscarlo. No tarda en encontrarlo, pero al tomarlo puede escuchar que alguien se mueve tras de él, en la oscuridad. Entonces toma el fierro viejo con sigilo, mientras finge levantarse con la mayor

naturalidad posible, pero listo para actuar.

Vicente se gira de golpe blandiendo su arma improvisada. Un bufido surge de la oscuridad. Es Pardo.

—Casi me matas de un infarto —le dice, aliviado, mientras arroja el palo oxidado a unos matorrales para acariciar al perro—. Así que te decidiste a ayudarme, ¿no? A tu edad no sé si es buena idea, Pardo. Vas a agarrar un mal aire.

Vicente cambia el tapón de los fusibles y la luz regresa. La casa vuelve a iluminarse. Solo entonces nota una figura parada en la acera frente a su casa, mirándolos a él y a Pardo. Está ahí como quien ha esperado un rato con indecisión para acercarse. Es imposible distinguir de quién se trata. Lleva una sudadera holgada con capucha y las manos dentro de los bolsillos de la prenda.

—Buenas noches —saluda Vicente.

No recibe respuesta. Pero el saludo parece haber motivado a la extraña figura a acercarse hacia él y su perro. Pardo emite lo que suena como el remedo de un gruñido. El hombre se da cuenta de que ya no tiene el fierro viejo a la mano, mira a su alrededor, pero no puede distinguir dónde lo arrojó. Sin embargo, finge mantener la compostura, e incluso avanza un poco hacia el visitante, flanqueado por su abotagada mascota.

—¿Puedo ayudarle en algo?

La figura misteriosa por fin es iluminada por las luces del porche. Se saca la capucha y Vicente queda pasmado por un instante. Parece como si escrutara el rostro que tiene enfrente, como lo hacen las personas que no están seguros de conocer a alguien que les ha saludado de nombre en la calle.

Al fin, Vicente esboza una sonrisa compasiva.

Capítulo 7

—¿Dirías que Bar Harbor es un buen lugar para vivir?

El doctor Markesan mira al detective Hensley de soslayo y con cierta extrañeza. David espera una respuesta, pero el forense en verdad está en lo suyo.

—Lo que diría es que esta quizá sea la primera vez que bajas a la morgue a pedir información que no está relacionada con un asesinato. Y eso es perturbador.

El doctor está realizando una autopsia. El cuerpo inerte en la plancha era cortado y auscultado por Markesan sin pudor.

—¿Asesinato?

—Hiperhidratación, detective Hensley. Este hombre murió por tomar demasiada agua... por voluntad propia.

—Bar Harbor te hace eso, quizá. ¿Por hastío?

—Bar Harbor es un buen lugar para vivir. A veces es demasiado... apacible, es cierto. Pero es un buen lugar para vivir. Un buen lugar para esperar por la cesantía de la vejez mientras uno consigue torear una cantidad adecuada de sobresaltos profesionales y familiares.

—Sally dice que estoy aburrido.

—¿Lo estás?

—Estoy revisando el caso de Jenny Keir.

Markesan deja lo que está haciendo y le entrega toda su atención a Hensley.

—¿Recuerdas ese caso, doctor?

Markesan asiente.

—Por supuesto. ¿Quién podría olvidarlo? Una niña que aparece ahogada en el St. Marcus. Y ahora ha tomado nuevos bríos gracias a la prensa. Todo es cíclico, hasta las coberturas del escándalo —se lamenta Markesan.

—Cíclico, como las lluvias. Y apenas empiezan.

—¿Por qué estás mirando el caso? ¿Por la reportera de la radio?

—Sí.

—Sabes que pueden pasar dos cosas, ¿verdad? Nada. O que la chica despierte un avispero.

—¿Hay algo en particular del caso que te resuene en este momento, doc?

—Además del horror inherente al recibir el cadáver de un infante, no.

El teléfono de David comienza a vibrar.

—Aquí Hensley —dice el detective antes de salir de la morgue, dejando a Markesan solo con la muerte.

* * *

El detective David Hensley camina sobre el corpulento dique abandonado en el extremo sur del río St. Marcus. No suele andar mucho por esos rumbos. Quedan lejos de casa, lejos de todo. Pero, cuando lo hace, siempre se detiene justo a medio camino, en el centro de la represa, solo para poder observar el perfil de la ciudad en la lejanía. Los últimos rayos del día se asoman con timidez tras unas espesas nubes. Acaba de caer una llovizna ligera y coqueta. Sus últimos rastros aún humedecen el suelo. En lontananza, algunas luces metropolitanas ya comienzan a encenderse como luciérnagas embarradas sobre el concreto. Seguro que pronto se hará de noche.

Hensley desciende del dique por una larga escalinata metálica que no representa ningún esfuerzo para alguien de su edad y constitución. Sin embargo, lo que en verdad le preocupa es el ascenso. Ahí es cuando el trayecto parece en verdad infinito.

David ve a un grupo de uniformados adecuadamente arremolinados en una zona acordonada a la vera del río. En ese punto, pegado al dique obsoleto y apenas creciente, es imposible saber si la corriente del fracturado St. Marcus viene o va. Todos los presentes son policías. Algunos revisan el perímetro, otros toman fotografías. El resto solo espera instrucciones respecto al cadáver que está a medio camino entre el agua y la tierra. Hensley mira hacia el río y piensa que la corriente pronto comenzará a crecer. Todos saben que el St. Marcus puede ser paradisiaco, pero también letal en esta época del año. En la comisaría le dicen «la temporada de los ahogados». Hay algo en la geografía de este bosque en las afueras de Bar Harbor que hace que el St. Marcus enfurezca cuando comienzan las lluvias.

Un oficial se acerca a David.

—Detective Hensley.

—¿Qué pasa, oficial?

—Creo que tenemos a nuestro primer muerto de la temporada.

—¿Será?

El detective se acerca. El cadáver está en la orilla, la corriente podría haberlo arrastrado ahí. Todavía está bocabajo, como lo encontraron. David se pone unos guantes de látex y hace un gesto para que le ayuden a voltearlo. La muerte hacía su trabajo y comenzaba a deformarlo. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí? El detective no se inmuta. Por el contrario, lo examina con cuidado, como si quisiese quedarse con una imagen mental de su rostro. Pide que los forenses hagan su labor, que el cadáver sea trasladado a la morgue, que revisen si trae alguna identificación encima. Aunque esto último está demás.

David Hensley sabe bien de quién se trata.

No es hasta que llega de vuelta a su auto cuando permite que la consternación se le asome por el rostro.

Vicente Álvarez está muerto.

Y cree saber por qué.

Capítulo 8

Brenda Bracken está parada a las afueras del edificio de la estación de radio, bajo un toldo bastante futurista pero igualmente feo. Se ha soltado una lluvia torrencial. El agua cae con tal fuerza que la noche parece incluso más oscura que otros días. Con cierto desencanto y hasta un porcentaje de ansiedad, Brenda mira hacia el estacionamiento que hay frente a la estación, al otro lado de la avenida. Ahí puede ver su auto aparcado, iluminado por una solitaria farola, arropado por la tormenta. Brenda duda sobre si esperar unos minutos más o entregarse a una empapada segura y, por tanto, a un resfriado inevitable. El deseo de encontrarse con su cama es grande.

Un hombre llega corriendo y se resguarda bajo el toldo, envuelto en un abrigo grueso y cubriéndose la cabeza con un periódico viejo que, en primera plana, ha decidido recoger una nota sobre el caso Jenny Keir, que gracias a Brenda ha ido recobrando importancia. La periodista mira la tapa del diario con cierta satisfacción: ahí está Jenny de nuevo en los titulares. Una ventana hacia la verdad comienza a abrirse.

El hombre del periódico nota de inmediato que Brenda está mirando el diario, así que se lo tiende.

—¿Quieres quedártelo? Total, empapado ya estoy.

—Perdón, no fue mi intención. Solo... me llamó la atención el encabezado —aclara.

El hombre la mira. Asiente.

—Es un buen encabezado, supongo.

—Sí, es bueno.

—Y es obra tuya.

Brenda mira al desconocido con extrañeza.

—No sé qué quieres decir.

—Brenda Bracken. Te estaba buscando justo a ti.

—Si quieres, todavía hay alguien en la recepción de la estación. Puedes hacer una cita. Yo ahora mismo ya me tengo que ir.

—Vicente Álvarez está muerto.

Brenda se estremece por completo. En su cuello se dibuja una ola descendente. Nunca había tragado saliva de esa forma. La noticia del extraño le ha calado.

—Cualquier información que tenga sobre el caso puede hacerla llegar a través de la central de noticias de la estación. Pero debe saber que todo es corroborado. El señor Álvarez acaba de darnos una entrevista hace apenas unos días.

—Lo sé. Y ahora está muerto. ¿No le parece extraño?

—¿Me está amenazando?

—Lo que me preocupa es que se haya puesto usted una diana en la frente, señorita Bracken. Me llamo David Hensley. Soy detective. Soy de los buenos. Yo mismo he confirmado la identidad

del cadáver del señor Álvarez hace un rato.

Brenda está claramente turbada. No sabe qué hacer. Y puede que por primera vez, no sepa ni qué decir.

—¿Sabe algo? Mi coche está aquí en la esquina. Voy a acercarlo. Puedo llevarla a su auto. Pero no duerma sola esta noche y, si tiene tiempo, dese una vuelta mañana por la comisaría.

—¿Cree que esto está relacionado con lo que yo...?

—No lo sé. Pero creo que a los dos nos gustaría estar seguros, ¿cierto?

Capítulo 9

Sally Lonsdale detiene su auto frente a la casa de Vicente Álvarez. David Hensley se apea por el lado del copiloto.

—Muchas gracias por acompañarme.

—No me perdería ser parte del giro de tuerca del caso Jenny Keir.

Ambos suben al porche y descubren un bulto echado sobre el tapete de bienvenida. Es un entristecido Pardo, acurrucado y vencido. Gime con debilidad. Sally se derrite al verlo y le entrega toda su atención, pero David lo salta de una zancada y entra en la casa.

El recibidor, la sala, el comedor... esta podría parecer una casa normal de un hombre solitario de clase media excepto por un detalle: es evidente que Álvarez era un cazador avezado, de ahí que sus paredes estén decoradas por algunos trofeos de animales feroces. Al fondo hay una vitrina con armas de fuego y un par de machetes. Todo está perfectamente cerrado y limpio.

Nada parece fuera de lugar. No hay señales de lucha, de violencia. El televisor está encendido en un canal de deportes. En la mesita junto al sofá hay una cerveza a la mitad. Y en la cocina hay una botella de *whisky* también a medio consumir y un par de posavasos dispuestos por ahí, sobre una mesa. La botella está destapada. Pero no hay vasos a la vista. Sally se une a David.

—¿Algo?

—Solo que Álvarez estuvo tomando *whisky* en la cocina. Pero ¿por qué sacarías un par de posavasos si vas a beberlo directo de la botella?

—¿Crees que alguien estuvo aquí?

—Sí, y creo que quien haya sacado a Álvarez de casa no lo hizo por la fuerza. Por el contrario, entró a la casa, charló con él, bebió con él y hasta lo invitó a acompañarle a algún lugar. Y, ya sea en ese momento o después, tuvo la iniciativa de desaparecer los vasos donde ambos estuvieron bebiendo.

Hensley y Lonsdale saben que van un paso atrás de lo que sea que estaba sucediendo. David se frota la cara y trata de recapitular: Vicente es entrevistado en la radio y ahora está muerto. ¿Hay más historia del caso Keir que contar de la que ya se ha contado? ¿O Álvarez salió a cazar y resultó cazado por «la temporada de los ahogados»? Hensley sale de golpe de sus pensamientos cuando Sally se le planta de frente y lanza una sentencia:

—Yo me llevo al perro.

* * *

El doctor Markesan abre el cajón metálico y lo desliza hasta que la plancha alargada revela el cuerpo inerte y desnudo de Vicente Álvarez, con una incisión en el pecho producto de la autopsia.

—Nadie lo ha reclamado —avisa Lonsdale, de pie junto a Hensley, que decidieron hacer la

visita de rutina a Markesan.

—Estaba solo. Lo único que tenía era su perro. ¿Qué más sabemos? —pregunta David.

—Primero, pueden descartar que el cadáver haya sido plantado donde fue encontrado. Álvarez murió ahogado.

—No me vengas con «la temporada de los ahogados», doctor —suplica Hensley.

—No. Las corrientes y crecidas del río no son todavía tan peligrosas para alguien de las medidas de Álvarez. Me queda claro que era un hombre fuerte.

—Pero aun así se ahogó en el río —medita Sally.

—Porque estaba atiborrado de somníferos. Como si se hubiera tragado una caja entera de Circadin. A Álvarez lo arrojaron o cayó vivo al río. Pero no pudo luchar. Estaba demasiado débil... si no es que estaba ya dormido.

David no puede sacarse de la cabeza los dos posavasos junto a la botella de *whisky*.

—Hagamos una lista de amigos, conocidos, gente a la que Álvarez le tuviera la confianza suficiente como para salir en su compañía a mitad de la noche y con varias copas encima —dice Hensley mirando a Lonsdale.

—Hecho.

Para él ya no hay duda. Lo de Álvarez fue un homicidio. No recuerda haber visto un solo frasco de medicamento en la casa de Álvarez. Parecía un hombre sano. La frustración en el rostro del detective es evidente. El asesino tuvo que emplear un ápice de esfuerzo para salirse con la suya.

Capítulo 10

Brenda está sentada en la sala de espera de la comisaría. Mira su reloj con insistencia, como si fuera una especie de tic nervioso. Hojea una revista que tiene en las manos, pero ni siquiera se asoma a sus páginas. Va guapa como siempre. A sus veintiséis años, se ha erigido una carrera breve pero interesante como periodista. Su belleza y su profesionalismo son equiparables. La única cosa que llama la atención es que prácticamente apareció de la nada en la escena informativa de la ciudad. Formada en la Facultad de Periodismo en Oxford, un día desembarcó en Bar Harbor y tocó a las puertas de WBH con un currículum impresionante. Desde entonces, su ascenso en poco más de un año ha sido meteórico, por decir lo menos.

Nerviosa y desconcertada, Brenda Bracken sigue viéndose impecable. Su cabello negro al hombro va de lo más pulcro, sus ojos magnetizan cualquier mirada y su cuello se erige con una delicada curvatura que muchos fotógrafos querrían capturar. Solo los muy observadores podrían darse cuenta de que hoy lleva más cargado el corrector en el contorno de los ojos para ocultar que no pasó una buena noche. Quizá ni siquiera pudo conciliar el sueño.

Brenda es sacada de su trance por el detective Hensley, que ha llegado a su encuentro. Se pone de pie.

—Buenos días, Brenda. Por favor, acompáñeme.

—No voy a quedarme.

—Tenemos que hablar.

—Solo vengo a preguntar por Vicente Álvarez.

—No puedo darle más información de la que ya sabe. La investigación está en curso y, en este momento, es muy riesgoso revelar cualquier detalle, menos a alguien de la prensa.

—Entonces no tenemos nada que hablar.

—Es terrible, ¿no es cierto? Sentir esa carga en los hombros, que uno pudo ser responsable de la muerte de alguien más.

—¿Me está acusando de algo, detective?

—Ni la ingenuidad ni la imprudencia son crímenes que se persigan de oficio. Tampoco la ignorancia —medita Hensley—. Ni usted ni yo podíamos saber que una entrevista sobre un crimen olvidado podía, no sé, despertar a un asesino durmiente. Si fuese el caso. ¿Ya se hizo la pregunta? «¿Por qué matar al testigo de un crimen ya resuelto?».

—Es usted un imbécil.

Brenda se da media vuelta, pero Hensley la detiene con gentileza. Le tiende una tarjeta de presentación.

—No dude en llamarme. Si tiene respuestas... o si va a hacer algo que me haga formularme más preguntas.

La periodista titubea un momento, pero decide tomar la tarjeta. Se va sin decir palabra alguna.

David la mira desaparecer tras las puertas corredizas de la comisaría. Entonces levanta la mirada y se da cuenta de que viene otra tormenta. En los últimos días ha llovido a diario.

Capítulo 11

Hensley se despierta con el zumbido del teléfono móvil que está sobre la mesita de noche, al lado de la cama. Toma el aparato con torpeza y gruñe. Es un mensaje de *spam*: «Hoy es el último día para renovar su seguro de auto». El texto proviene de un número desconocido y que lanza mensajes automatizados por todo el país. A Hensley lo ha despertado un robot. Se gira sobre sí mismo para intentar abrazar a su mujer, pero ella ya se ha ido. Solo entonces repara en el reloj despertador y se da cuenta de que ha dormido de más. No es de extrañar. Anoche pasó muchas horas repasando la vieja declaración de Vicente Álvarez sobre el caso Jenny Keir. No había ni una sola inconsistencia. La misma historia que contó diez años atrás sobre cómo encontró el cadáver de la niña flotando en el río fue la que relató en el programa de Bracken.

Su primera teoría, por supuesto, fue pensar que Álvarez había soltado algo de información nueva en su entrevista radiofónica. Que al abrir la boca diez años después para relatar de nuevo aquel dramático hallazgo había dicho o sugerido algo en su discurso que podía dar luz fresca sobre el asesinato... y sobre un posible nuevo culpable. Pero no. La narrativa de Álvarez no tuvo fisuras en su momento y no tenía fisuras ahora. Él simplemente fue la persona que encontró el cuerpo. Entonces, si no había nada revelador, ningún nuevo indicio... ¿por qué matarlo? A menos que, claro, su muerte estuviera totalmente desvinculada al caso Keir. Quizá su muerte tras la entrevista con Brenda solo era una desventurada coincidencia.

Sí, una desventurada coincidencia.

Hensley se levanta, entra al baño. Se mira en el espejo con el rostro destruido por la almohada. Mira por la ventanilla que da a la calle. Las rejillas dejan ver un cielo despejado y, de pronto, sabe qué hacer. Pero no hay prisa. Hensley ha resuelto su agenda del día. Irá a la comisaría y pedirá reunirse en prisión con el hombre que en su momento se declaró culpable de la muerte de Jenny Keir.

—Es hora de hablar con Paul Jones.

* * *

La prisión de máxima seguridad de Riverbend es una institución pequeña que está a poco más de una hora en automóvil de Bar Harbor, a medio camino entre la ciudad y Bethany Beach, la playa donde las familias pudientes de la región tienen sus casas de descanso.

Riverbend tiene sus peculiaridades. Está ubicada en una suerte de risco, una zona accidentada que le quita a cualquiera las ganas de querer fugarse, pues antes de conseguir escapar los helicópteros ya estarán sobre ti. Este risco tiene vista a una de las bahías más conocidas de la región, que tiene un nombre impronunciable, pero que los lugareños conocen simplemente como «la bahía santa», porque ahí desemboca el río St. Marcus. Es por eso que al discreto pero

hermético penal se le conoce como la «prisión con vista al mar». Lo cual es una mentira que sus prisioneros terminan por descubrir de mala gana cuando son ingresados; en Riverbend hay muy pocas ventanas. La más grande de todas está en la oficina de la alcaide en turno: Samantha Beets.

Hensley entra en Riverbend como si conociese bien el terreno. Beets lo espera tras los detectores de metal, con los brazos cruzados y la mirada cargada. Hace muchos años, Hensley estuvo a punto de cometer la estupidez de enrollarse en un amorío con Samantha. Hoy siente un escalofrío solo de pensar que pudo haber engañado a su mujer con la dama de hielo que tiene frente a sí.

—Beets.

—Hensley. ¿En qué puedo ayudarte? Mi asistente me comentó que necesitas hablar con uno de nuestros reos sobre un caso.

—Así es.

—Inmediatamente supe que la visita no era social.

—¿Cómo es eso?

—Porque llamaste a mi secretaria en vez de a mí. ¿Hace cuánto que no vienes por acá?

—No mucho, pero cuando vengo, procuro evitarte.

—Me siento halagada e insultada al mismo tiempo. Supérame.

Hensley ríe. Y Beets no puede seguir manteniendo su postura de escultura alabastrina. Si bien es cierto que las cosas terminaron algo ásperas entre ambos, también era verdad que no se caen del todo mal.

La mujer avanza por un pasillo anodino e impecable mientras el detective la sigue.

—Esta prisión está más limpia que la calva de Mr. Clean.

—Tenemos el primer lugar nacional en orden e higiene de las instalaciones. Desgraciadamente, también tenemos posiciones más vergonzosas en otros aspectos. Pero seguimos trabajando.

—Estoy buscando a un viejo conocido, Sam —dice Hensley mientras Beets le abre la puerta de la oficina y lo invita a sentarse con un ademán.

—Creo que podemos resolverlo, siempre y cuando el hombre que buscas no esté en aislamiento. Las cosas han estado agitadas por aquí desde hace un par de semanas.

—Busco a «Pauly». —El rostro de Sam intenta descifrar la referencia—. A Paul Jones, Samantha. El culpable de la muerte de la niña Keir. Seguro recuerdas el caso.

Beets traga saliva y lanza una involuntaria mueca descompuesta.

—Paul Jones está muerto, Danny —dice la alcaide intentando amortiguar la noticia.

Hensley esta visiblemente confundido. Lo inunda la frustración, pero también la duda, de haber dejado un cabo suelto desde que Brenda Bracken resucitó el caso.

—¡Diablos!

—Se suicidó hace un par de meses. Dejó una nota de suicidio y demás.

—¿Segura que fue un suicidio?

—Nadie ha matado a nadie en esta prisión en quince años. En eso también tenemos una marca nacional, David.

—¿Y la marca de suicidios cómo va? —dice Hensley como única herramienta de desahogo. Ni modo, a Sam le toca recibir el golpe.

—Eso es otra cosa. No estoy orgullosa de lo que pasó.

—No entiendo. ¿Por qué no nos llamaron? Un hombre murió aquí dentro y no nos llamaron. ¿Cómo lidia usted con este tipo de «eventos», alcaide Beets? —reprocha David.

—Puede que no estemos muy lejos de Bar Harbor, detective. Pero Riverbend no está en su jurisdicción. Esta es una prisión federal que está más allá de tus tentáculos. Las autoridades pertinentes se hicieron cargo.

Hensley parece deshecho, contrariado. Samantha lo ve. Entiende que David seguro está tras la pista de algo importante.

—Espera un segundo —dice después de levantarse y salir de su oficina.

Hensley se queda solo. En el escritorio de Sam hay unas esferas de movimiento perpetuo que se golpean una a la otra, haciendo un sonido leve, pero que, tras unos minutos de silencio, comienza a sentirse como un taladro. David las mira golpearse la una a la otra una... y otra... y otra vez.

Capítulo 12

Sally Lonsdale camina por el bosque con una idea en la cabeza: encontrar «el cubil». Hace diez años, el cuerpo de Jenny Keir apareció flotando en el río St. Marcus. Hace apenas unos días, el cuerpo del primer entrevistado de un serial radiofónico sobre ese crimen, y que además resultaba ser uno de los testigos de aquel caso, apareció muerto en la misma zona.

Cuando Jenny murió, los policías peinaron el lugar y revisaron los mapas en busca de algún sitio donde el asesino pudiese haberse escondido. No encontraron nada en su primera excursión. Después apareció Paul Jones. Se declaró culpable. Su testimonio fue corroborado. Y no hubo necesidad de seguir hurgando en las periferias del caso.

Ella fue una de esas oficiales entusiastas que se internó entre los árboles en busca del refugio del criminal. Que hundió las narices en todos los mapas que coincidían en lo mismo: ahí no había nada más que el río, las hectáreas inacabables de árboles y la pieza de naturaleza muerta conocida como «el dique». ¿Tuvo alguna vez un nombre ese armatoste inútil, permanentemente abierto?

Sally creía que ahí, en el espesor del bosque, podría haber alguna cabaña olvidada, un lugar perfecto para darle solaz a un asesino. No lo sabe a ciencia cierta, pero no tiene otra cosa que hacer. Al igual que David Hensley, está aburrída. Pero jamás lo admitiría frente a él.

Tras un par de horas de caminata, Lonsdale decide regresar al claro adyacente al sendero de tierra donde dejó su automóvil. Sabe que no se perderá porque usó la cara sur del dique como referencia y había bastantes puntos desde los cuales la represa era visible.

Sally sube por una colina, ayudándose con los árboles. Ha decidido que si sigue por ahí encontrará la bifurcación de la vereda que termina en el río: un camino a ninguna parte, alejado de todo. El lugar ideal para que los tórtolos escapen por un poco de amor en el automóvil. O para tirar un cadáver. A partir de ahí le será fácil encontrar la vereda principal y, por tanto, su vehículo.

Sally tenía razón. Ni bien alcanza la cima, ve el camino accidentado, trunco por el St. Marcus. Pero eso es lo único que encuentra. Al final del camino hay una camioneta aparcada.

Lonsdale se desliza entre los árboles con el sigilo y la experiencia que le han dado los años como agente de la ley. Pone la mano sobre el arma que lleva a la cadera, solo por si acaso. Una vez perfilada y conforme va avanzando hacia el vehículo, estático y con el motor apagado, comienza a ver la figura de un hombre al volante, con la frente recargada sobre el timón. Sally se acerca con sigilo. Queda por fin frente a la ventana del piloto. El hombre dentro de la camioneta está quieto. ¿Respira? Lentamente, Sally se planta justo delante del cristal y toca suavemente. No hay reacción. Ya se prepara para abrir ella misma la puerta de la camioneta, pero decide intentar una segunda vez. Toca como quien llama a la puerta de una casa que, de antemano, se sabe que está vacía.

Un hombre de unos sesenta años, con surcos en el rostro que lo hacen parecer incluso más

viejo, se incorpora de un salto. Lleva una camisa tipo polo y unos lentes de marca en la frente. Es Neil Keir. A Sally se le quiere salir el corazón, pero lo disimula como una profesional. Le ha sacado un tremendo susto. Por un momento pensó que el hombre dentro del vehículo estaba muerto. O a punto de morir. Lonsdale le enseña la placa y le pide que baje. Los ojos de Keir tienen una ligera hinchazón. De los parlantes del auto sale un sonido ligero: Neil estaba escuchando WBH Newsradio.

—Detective Lonsdale —dice Sally como presentación—. ¿Todo en orden?

—Todo en orden, detective.

Sally lo examina con la mirada. Nada parece fuera de lugar.

—Tendrá una identificación a la mano, señor —dice mezclando el protocolo y la cortesía. No necesita una identificación para saber que se trata de Neil Keir, uno de los rostros más reconocibles de Bar Harbor y, además, un magnate de medio pelo en el negocio de las aseguradoras. El seguro de vida de Sally, de hecho, está sellado por Keir Insurance Co. Ella hace como que revisa la identificación.

—¿Pasa algo malo?

—¿Qué hace en medio de la nada, señor Keir?

—Nada. Nada en medio de la nada. A veces solo vengo aquí, ¿sabe? Cuando estoy atribulado. Cuando me quiero despejar. Cuando quiero olvidarme de... cosas.

Sally está a punto de ahondar en su interrogatorio cuando siente el zumbido del celular en su cintura. Lo toma rápidamente y ve un mensaje del detective Hensley. Lo único que alcanza a leer es la palabra «URGENTE» en mayúsculas y negritas. El resto es un texto larguísimo, imposible de leer a simple vista. Y Hensley es más bien una persona lacónica. Los ensayos literarios no son lo suyo.

Lonsdale se debate por un segundo. Keir parece inquieto. Si en verdad viene por aquí a relajarse, parece que el lugar ha tenido el efecto contrario esta vez. Una ligera película de sudor le cubre la nuca. Y no hace calor. Las lluvias recientes lo han refrescado todo. Incluso más en el bosque.

—Entonces, ¿viene seguido? —le pregunta Sally a Neil mientras le sostiene la puerta del auto, indicándole que puede volver a subir. Neil obedece como una mascota adiestrada, sin dubitaciones.

—Sí. No. Bueno, es un «sí» muy relativo.

—¿Ha visto algo raro últimamente por aquí?

—¿Como qué?

Sally sonríe con un recelo bien disimulado.

—Era una pregunta de «sí o no», señor Keir. Pero no se preocupe. Que tenga buen día.

Lonsdale cierra la puerta y se marcha a toda prisa, vulnerando su propio protocolo: leer un mensaje del celular mientras camina. Sumergida en el mensaje de Hensley, no nota que Keir la observa por el retrovisor.

Capítulo 13

La mansión Keir está ubicada en una pequeña colina, rodeada de otras casas enclavadas en un pinar. Sobresale de entre todas no por ser la más bonita, sino por ser la más elevada. Y, claro, es una casa bastante llamativa, muy geométrica, de líneas minimalistas, de fachada monocromática y ángulos precisos. Todas las residencias de la zona son un poco así, un grito a la ultramodernidad en una ciudad con muchas facetas anticuadas.

Esa no es la casa donde Brenda creció, pero sí es la casa donde ahora viven sus padres. En la sala hay una pieza de expresionismo abstracto que corre casi de pared a pared, hecho por algún artista local que seguro intentaba canalizar sus emociones a través del alma de Francis Bacon. Brenda está sentada justo frente al enorme lienzo, en una incómoda silla Acapulco que contrasta con los otros tres sillones de la sala: cada uno de un estilo distinto, aunque todos contruidos con líneas rectas y de colores coordinados. Desde el mullido sillón de tres plazas que está a su costado, su madre la contempla.

—Siempre has sido muy hermosa, hija —dice Karen.

Brenda no contesta de inmediato.

—¿Te gusta esta casa, mamá?

—Sí, la verdad es que sí.

—Yo no sé si me gusta. No creo que eso importe. Yo no vivo aquí. Pero cuando vengo a visitarlos... algo me hace extrañar la casa vieja. Tan grande pero tan acogedora.

—Nunca hubiera podido seguir viviendo en la casa grande —aclara Karen mirando los pequeños trazos que su pulso dibuja en la taza de té que bebe.

Brenda la mira con empatía. Ella sabe que sí que podría vivir en aquella casa. Intranquila, atormentada, pero podría estar ahí. Para Brenda, la idea es no olvidar.

—Hablando de eso...

—Ya sé. Te escuché por Internet en Bethany Beach. Te desaconsejé tanto al respeto. Y me prometiste que dejarías la memoria de tu hermana en paz —dice Karen con un contundente tono de reproche, pero sin perder la compostura. Es una mujer delgada, de facciones tan delicadas y elegantes que no pelean con sus arrugas. Por el contrario, las arrugas parecen someterse ante su refinada construcción facial. Lleva un traje *à la* Coco Chanel, pero de algún diseñador americano. Porque ella apoya lo estadounidense por sobre todas las cosas.

Brenda mira por el enorme ventanal de la sala, que en realidad está formado por dos puertas corredizas que dan a un balcón, desde el cual puede verse, hacia el sur, el bosque de los encinos e incluso la represa en desuso.

—La represa siempre me ha dado miedo. Es un monstruo. Vivimos con un monstruo dormido como vecino. Deberían demolerla, ¿no crees? Nunca fue una buena idea, nunca funcionó, y la verdad es que creo que solo ha agravado los problemas durante la «temporada de los ahogados».

—Odio ese nombre. Es la temporada de lluvias y nada más. La gente se ahoga en cualquier época del año, mi vida.

—Cuando termine con el caso de Jenny, voy a seguir con la represa.

—El caso de Jenny lo debes terminar ya.

Ahora sí, Brenda mira a su madre. Abre la boca para decir algo, pero se contiene. Su madre queda a la expectativa de sus palabras. Quiere decirle que Vicente Álvarez está muerto. Que probablemente ella tuvo la culpa. Quiere decirle que a pesar de ello desea continuar, porque es una egoísta, porque no le importa ponerse en riesgo o poner a otros en peligro. Quiere decirle que la muerte de su hermanastra está rodeada por el halo de la mentira, solo que no sabe cuál mentira es esa. Quiere decirle de la llamada de Pauly.

Pauly Jones. Tiene que hablar con él, a como dé lugar. Otra vez.

Sus ideas avanzan y se rebobinan a toda velocidad. Decide presionar el botón de pausa en un tema en particular: Vicente ha muerto. El detective. El peligro.

—No sé si puedo. Es que Vicente...

—Vicente Álvarez se portó muy bien con nosotros. Pensar que al principio no podía ni mirarlo a la cara. ¿Cómo miras de frente al hombre que encontró a tu hija... así? —dice Karen manteniendo la compostura, porque una dama solo se desmorona en la intimidad—. Pero siempre tuvo el detalle de preguntarnos cómo lo estábamos llevando. Bar Harbor es una ciudad, sí, pero es también un pañuelo. ¿Sabías que Vicente y tu papá coincidieron en el servicio militar? No eran de la misma edad, pero ahí estuvieron.

—¿En serio?

—Nunca fueron cercanos. Conocidos solamente.

—Vicente Álvarez está muerto —suelta Brenda de golpe. El sacarlo así, de sopetón, la libera un poco.

Karen niega con la cabeza.

—¿Qué le pasó? Ya era viejo, ¿no? ¿Mayor o menor que tu papá? Eran contemporáneos, te digo que eso sí lo sé. Pero no sé quién era más grande. Pero igual estaba joven como para «irse» ya.

—¿La verdad? Creo que lo asesinaron.

Al decir esas palabras, un taladro de culpa se clava en la cabeza de Brenda. Su hermana murió por su culpa; Vicente también. Siente que ha perdido por fin su alma. Ya no tiene nada más que perder.

Capítulo 14

La oficina de Samantha Beets tiene la mejor vista desde Riverbend. El paisaje es sobrecogedor. El río St. Marcos se transforma en una discreta cascada que arroja su corriente en la bahía junto al risco. David está de pie frente a la ventana, intoxicado por la belleza de la estampa y por la confusión de las noticias sobre Pauly Jones. En ese lugar, Dios ha puesto el paraíso y el hombre ha puesto el infierno.

Beets regresa a su oficina con una carpeta y una caja de cartón. Hensley la mira con curiosidad.

—Tienes cinco minutos para echar un vistazo al informe de la muerte de Jones —dice Samantha, que ha dejado la caja sobre su escritorio y le ha aventado el informe a David, que ha tenido que hacer malabares para que este no saliera deshojado en cualquier dirección—. Sin embargo, yo puedo darte un resumen. Jones se ahorcó en las duchas. Estaba solo. ¿Por qué estaba solo? ¿Por qué nadie lo vigilaba? ¿De dónde sacó la cuerda, dónde la tenía escondida, cuánto tiempo lo planeó? ¿Quiénes fueron sus aliados o a quiénes sobornó? Te ahorraré la molestia de preguntar. Puedes poner un «no sé» como respuesta a todas esas preguntas. Esto se ha convertido en un festín para asuntos internos. Yo soy el antílope muerto a mitad de la sabana; y ellos, el buitro devorándome. Así es este trabajo.

El informe y la investigación son impecables. Incluso si la situación le es desfavorable y mancha su impoluta administración, Samantha ha hecho, como siempre, un trabajo sin cabos sueltos. Hensley siente que lo han regresado al menos diez casillas en este juego de mesa. Le devuelve la vista al paisaje, en espera de algo de inspiración. Samantha puede notar que se siente descolocado.

—Es importante, ¿cierto?

—Estoy en un caso y pensé que él podría darme algo de luz.

—¿Tiene que ver con Jenny Keir?

David prefiere no contestar.

—El asunto se está viralizando. Esa entrevista de esa reportera... ¿cómo se llama? Beatriz «algo»... No sé, puede que ella le haya dado a Jones el empujoncito que necesitaba.

Algo en sus palabras hace reaccionar al detective Hensley.

—¿Qué empujoncito? —pregunta David, intrigado.

—Dame un segundo —dice Samantha mientras se sienta frente a su computadora y navega por un laberinto de carpetas puntualmente organizadas, pero impenetrables para quien no conoce su lógica.

Con un ademán, Beets le pide a Hensley que se acerque. En el monitor está un registro de visitas digital. El detective recordó que, al entrar a la prisión, no tuvo que firmar un libro de visitas, sino en una de muchas tabletas dispuestas en los accesos de ingreso público. Ahí está:

Brenda Bracken visitó a Pauly Jones solo un par de días antes de que cometiera suicidio. Y un par de meses antes de que se encendiera la mecha del serial radiofónico que ya estaba dando frutos: había servido para sacar a Hensley de su hastío. Nuevamente, la adrenalina lo recorre. Primero, era infeliz en el hastío. Ahora estaba ofuscado porque la tranquilidad había sido perturbada en su jurisprudencia. El detective vuelve a gruñir.

—Hay más, David. —Samantha señala la caja de cartón sobre su escritorio.

—¿Qué es eso?

—Son las pertenencias de Jones. La familia nunca las reclamó. Existe un plazo de tres meses antes de destruirlas. Esto se sale del protocolo, pero digamos que lo hago por nosotros. —Sam sonríe; David intenta descifrarla—. Son tuyas, puedes quedártelas. Espero que te ayuden. Hasta puse ahí un pequeño regalo.

La caja está coronada por una impresión a blanco y negro: es la breve nota de suicidio de Jones, redactada con una letra de molde muy bien lograda.

El detective Hensley tiene claro que ya no puede echarse atrás: está trabajando en el caso Jenny Keir. El asesino confeso está muerto, es cierto, pero era por eso mismo que está al fin convencido de que hay más, mucho más tras ese crimen. Y mucho más tras Brenda Bracken y sus «Diez años bajo el agua».

Capítulo 15

David Hensley repasa la carta de suicidio de Pauly Jones una y otra vez. «Todos purgamos condenas. Yo he purgado la mía. Por eso me voy. Alguien más habrá de purgar la suya, a su manera». Esas palabras no dejan de resonar en la cabeza del detective, sentado en la mesa de su cocina, con las cosas de la caja de Pauly desparramadas por cualquier lugar. David come un plato de cereal mientras vuelve a releer la carta.

—«¿Alguien más?» —dice entre dientes—. ¿Cómo que alguien más?

Escucha que se abre la puerta de la casa. El sonido es acompañado por el poderoso ulular del viento y el ruido de la lluvia que se clava sobre el pavimento. Está cayendo una tormenta terrible. Louise, la mujer de David, ha llegado a casa. Lleva puesto un impermeable. Parece estar empapada, pero nomás quitarse el abrigo y las botas de hule, ha quedado como si nada. Entra a la cocina con un par de bolsas de tela y las pone sobre la encimera. Después se acerca a David por la espalda y le da un beso en la cabeza. El detective ni se inmuta. Louise le busca la mirada esquiva mientras estira el brazo para encender la radio.

—Buenas noches —dice con la holgura de una esposa que sabe que algo no está bien.

—Buenas.

Louise se sienta al otro lado de la mesa. La radio lanza un *jazz* suave que se camufla con el ruido de la lluvia. Louise ve el montón de cosas sobre la mesa. Las observa con cierta indiferencia. Sabe que su marido ha traído el trabajo a la casa. No le hace gracia, pero es lo que es. Algo grande debe estar pasando. Es entonces que, de reojo, alcanza a ver una foto y reconoce al hombre en ella: Pauly Jones, acompañado de dos niños y una mujer que también le resulta familiar, Alessandra Jones. Louise no puede evitarlo. Toma la foto. David se da cuenta.

—¿Y esto? ¿De quién son estas cosas?

El hombre sabe que debe darle la noticia.

—Cariño, tengo que decirte algo.

Louise lo mira con la perplejidad apagada de quien ya sabe lo que van a contarle.

—Pauly se suicidó en prisión —continúa Hensley con tanta naturalidad como se le puede imprimir a una noticia de ese calibre.

Louise traga saliva. Conocía a Pauly. Mucha gente lo conoció. En vida y antes de convertirse en el asesino de una nota roja de Bar Harbor, Jones fue por muchos años el chofer de la escuela pública donde la hija de Louise y David estudió durante su infancia.

Louise no puede evitarlo. Casi automáticamente, su mirada se desvía hacia una foto que hay colgada en un rincón de la sala y que se puede ver desde la cocina. Es una foto pequeña. La luz de la sala está apagada, así que es imposible ver la fotografía desde donde está sentada. Solo se ve, apenas, la silueta del marco. Pero no necesita la luz para visualizar esa imagen en su cabeza: es su hija. Como una ficha de dominó que empuja a las subsiguientes, Paul le recuerda a su fallecida

Helen. Pero esa es otra historia. Louise regresa la atención a su marido casi de inmediato, pero eso no impide que él sepa lo que acaba de suceder en el corazón y la memoria de su mujer. Él pasó por el mismo trance al revisar las cosas de Paul y encontrarse con esa fotografía.

—No tenía idea de lo de Paul.

—Lo sé.

—De hecho, no he visto a Alessandra en meses. Ya te he contado, a veces me la encuentro por casualidad en el supermercado, pero... solo eso. Trato de saludarla. Pero veo que todavía, tantos años después, la gente la sigue viendo como si estuviera marcada. Como si ella tuviese la culpa de los pecados de su marido.

—Esperemos que las cosas cambien ahora que es viuda.

Louise le lanza una mirada condenatoria a David, quien de inmediato se da cuenta de lo desatinado del comentario. Abre la boca para disculparse con ella, quien lo interrumpe.

—¿Deberíamos visitar a Alex? Después de todo, conocimos a Paul bien. O tan bien como crees que puedes conocer al chofer que llevaba a tu hija a la escuela todas las mañanas.

—No lo sé. Yo tengo que visitarla, de cualquier modo. Profesionalmente. Tengo que preguntarle por qué la familia no recogió los objetos personales de Pauly. Hoy fui a verlo a Riverbend. Tenía que preguntarle algo y... bueno, así me enteré.

—¿Viste a Samantha?

La pregunta no está desprovista de cierto recelo.

—La vi —responde David como si Sam fuera agua pasada—. Ella fue quien me entregó todo esto.

Louise ha cambiado su semblante, como si hubiese puesto una coraza a su alrededor. Sabe que no pasó nada entre David y esa mujer, pero eso no quita el hecho de que no confía en ella cuando se trata de su marido. En él sí confiaba, era algo mutuo. Habían vencido muchos obstáculos, así que la confianza recíproca era algo ganado a pulso.

En la radio ha comenzado a correr una cortinilla que Hensley conoce bien. Acto seguido, se escucha una voz que identifica de inmediato. El programa de Brenda Bracken ha iniciado. Hensley se levanta, echa el plato de cereal a medio terminar, con las hojuelas ya blandas por la leche, se monta el abrigo y jala las llaves a su bolsillo.

—¿A dónde vas? —pregunta Louise.

—Tengo que encontrarme con alguien que en este preciso instante está donde la necesito.

Capítulo 16

Brenda Bracken está en el elevador. Bruno Helton, su jefe y lo más cercano que tiene a un interés romántico, la acompaña. Han presionado el botón de la planta baja. El programa ha ido bien. Las llamadas siguen llegando con entusiasmo: el público está intrigado y quiere saber quién será su próximo entrevistado en el serial sobre la muerte de Jenny Keir. Pero Brenda tiene dudas. No sabe si seguir o no. Bruno quiere más. Había tenido sus dudas, pero los números son buenos. La audiencia está atrapada.

Lo oye parlotear sobre el programa y sobre «Diez años bajo el agua», pero en realidad no lo escucha. Lo mira como un desconocido. Cayó en los brazos de Bruno porque fue un periodista de reputación que ahora había quedado atado a una silla de directivo en una estación de radio. Ya no era el héroe de acción del periodismo. Era algo parecido a un comerciante de la noticia. Sus nuevas directrices son marcadas por los niveles de audiencia. Al mismo tiempo, Brenda sabe que esa efervescencia mediática era lo que buscaba. Quería volver a poner el caso de su hermana en el reflector. Quería que la ciudad escuchara.

Todavía quiere eso, cree.

Pero, por sobre todas las cosas, quiere justicia. No la justicia incompleta de un Paul Jones consumiéndose tras las rejas. La justicia verdadera. La justicia de encontrar la pieza faltante. Paul Jones era un culpable a medias. Está convencida.

—Estoy pensando que deberías tomar el micrófono y decirlo al aire —dice Bruno plantándose justo frente a ella. En el ascensor, es imposible escapar. El viaje del piso doce a la planta baja le ha parecido eterno.

—¿Decir qué? —contesta Brenda, apartando un poco a Bruno, quien parece confundido porque su locutora estrella le ha sacado de su espacio vital, algo que siempre ha estado dispuesta a permitir que él invada.

—Que digas que eres la hermanastra de Jenny.

—Siempre dijiste que eso era algo malo. Que dañaría la reputación del serial. Que comprometería mi objetividad de periodista frente al caso.

—Sí, ya sé lo que dije. Pero hoy me desdigo. Mira estos números —dice Bruno acercándole el móvil a Brenda. En la pantalla hay unas tablas y gráficos ininteligibles. Ella los aparta con desinterés.

—No sé si es buena idea seguir —le dice Brenda a un Bruno que ha quedado helado.

—¿De qué hablas? Bien manejado, esto nos va a dar el Premio Estatal de Periodismo.

—«Bien manejado»... —medita Brenda—. Bien manejado, esto me llevaría a descubrir al verdadero asesino de mi hermana —lanza, ya no podía contenerlo más.

Bruno quiere decir algo, pero una campanilla anuncia que han llegado a la planta baja. Las puertas del ascensor comienzan a abrirse justo cuando ellos alcanzan a ver un resplandor que los

ciega por un instante. La luz del edificio se extingue. Todo se vuelve oscuro y las hojas de metal quedan así, a medio camino.

—Diablos —dice Bruno.

Un apagón por demás inoportuno. Brenda intenta pasar por el hueco que ha quedado en las puertas, pero es imposible. Incluso ella, tan delgada, no puede cruzar hacia la recepción. Mucho menos alguien corpulento como Bruno.

—La planta de emergencia deberá activarse en cualquier momento —comenta él al ver que Brenda vuelve a intentar salir. Después de lo que ha dicho, necesita alejarse.

La luz no regresa. La planta suele tener un retraso. Ella alcanza a ver una silueta que se acerca al ascensor desde la recepción. Hay destellos que alumbran el *lobby*, pero cree distinguir de quién se trata. Un hombrecito delgado y con una sudadera siempre por encima del uniforme, aunque Recursos Humanos lo reprenda: debía ser George, uno de los guardias de seguridad. Hoy debía tener el turno nocturno. Brenda sabe que le cae bien. Y a ella también le simpatiza George. Siempre se ha preguntado cómo es que un chico tan menudo se las apaña para trabajar en seguridad.

—George, cariño, soy Brenda Bracken. Estoy con el señor Helton. ¿Sabes por qué no ha entrado en funcionamiento el generador?

Solo hasta que la silueta ha llegado al ascensor, se da cuenta de que no se trata de George. La figura misteriosa saca un revólver que guardaba debajo de la sudadera y mete la mano entre las puertas del ascensor a medio abrir. Se ha preparado para disparar. Ella ahoga un grito. El revólver escupe un disparo que revienta el espejo que rodea las paredes del elevador. Brenda y Bruno caen al suelo.

Justo en ese momento, la luz regresa. El atacante se descubre expuesto. La puerta del elevador se abre al fin de par en par. Bruno tiene la cara hundida en el piso, pero una aturdida Brenda ha levantado la mirada. Un sonido agudo le taladra el oído. El atacante ha pegado carrera. Huye, pero, al empujar la puerta de salida, choca con una figura sólida que justo va entrando a la recepción: David Hensley.

Al chocar con el extraño, el detective pierde un poco el equilibrio, pero para el pistolero es mucho peor. Tan delgado como es, casi cae al piso, pero se recompone con una agilidad envidiable y, antes de que Hensley pueda reaccionar, ya tiene el cañón del arma contra la mejilla del policía. A quien no le toma ni un segundo darse cuenta de lo que ocurría. Lo descifra con la misma velocidad que lo hace con las ilustraciones de «encuentre las cinco diferencias», atrás de la caja de cereal. Nota que Brenda y alguien más están echados en el piso del ascensor, rodeados de trozos de espejos. El guardia de seguridad está noqueado en su silla. Un sujeto enfundado en una sudadera con capucha, pantalones deportivos y zapatillas cómodas, enlodadas y empapadas, le apunta con una pistola justo en la cara. Y en la pared del recibidor de la estación alguien ha pintado con aerosol un mensaje contundente: «CALLA O MUERE». El detective intenta ver la cara de quien lo amenaza. La capucha y un pañuelo sobre la cara lo hacen imposible. Busca alguna marca en la mano que empuña el revólver, pero lleva guante.

Hensley siente el golpe del metal contra su pómulo. El atacante no ha disparado, le ha soltado un tremendo mamporro en la cara con el arma. El impacto ha dolido y lo ha descolocado por un momento. Le ha quedado una marca roja instantánea. David saca su arma y se para sobre la acera. Puede ver al criminal corriendo por la banqueta gracias a los relámpagos en cadena, porque afuera el apagón continúa. Solo el edificio de la estación de radio se ha iluminado por su planta de poder. Hensley ve al pistolero alejarse a toda velocidad. Lo tiene en la mira. Sujeta su pistola

con determinación. Coloca el dedo suavemente sobre el gatillo. Pero su presa está cada vez más lejos. Aquel truhán no intenta escapar por las calles o los callejones aledaños, solo corre y corre por la misma calle, por la misma acera. Hasta que está demasiado lejos y se pierde en la noche.

El detective se ha quedado con la bala cargada y la mirada en su blanco.

* * *

Sally Lonsdale está sentada en su sofá favorito, escuchando un disco de Roberta Flack y con Pardo echado sobre su regazo. El perro está medio dormido, arrullado por la respiración de Sally, quien sostiene una copa de vino. Está sumergida en un conflicto interno, como suele pasarle cuando siente que algo no encaja. Por un lado, no puede dejar de pensar en el mensaje de David Hensley. No puede dar crédito a que Paul Jones se haya suicidado. El asesino confeso de Jenny Keir ha muerto. Pero lo que más la inquieta es una frase en particular: «Bracken fue la última visita que Pauly tuvo antes de morir».

¿Es verdad que la última persona que habló con el asesino confeso fue también la misma persona que comenzó a hablar en la radio del asesinato que ese mismo homicida cometió? ¿Por qué?

El problema es que Lonsdale no puede concentrarse. Quiere resolver el acertijo, teorizar al respecto. Pero no lo consigue. Y todo porque no logra dejar de pensar en el extraño encuentro que tuvo con Neil Keir en medio del bosque. Un hombre intranquilo que, según dice, va de cuando en cuando a encontrar la tranquilidad justo a unos metros de donde el cadáver de su hija fue hallado tantos años atrás.

De una sola cosa está segura en ese momento: se ha enamorado de Pardo. Lonsdale comienza a acariciar al perro hasta que nota que este levanta la cabeza y mira a su alrededor. Algo lo ha alertado. El perro se desprende del regazo de Sally y camina hacia la puerta. Ella se incorpora. Deja su copa de vino y, entonces, escucha que suena el timbre. Quien sea que lo esté tocando, lo hace con lujo de dramatismo y no separa el dedo del botón.

Sally Lonsdale descubre del otro lado de la mirilla un rostro que conoce bien. Ahí está David Hensley, empapado por completo. Parado en su umbral justo a mitad de la noche, en medio de la tormenta más torrencial de la presente temporada.

Y acompañado de dos personas más.

Capítulo 17

La lluvia no cesa. Neil Keir observa desde el balcón de su lujosa casa cómo la tormenta borra la silueta nocturna de Bar Harbor mientras que, paradójicamente, los relámpagos insisten en dibujarla. Tiene la puerta de cristal corrediza abierta de par en par y está parado bajo un poderoso techo de concreto que evita que se moje. Siente el poderoso y frío viento de la tormenta en el rostro. Desde ahí alcanza a ver un automóvil que aparca por un instante frente a su mansión. Una mujer se apea y abre un paraguas enorme. Es su mujer, Karen, llegando tarde a casa. No es que le moleste particularmente. El auto lo reconoce, es el de Andrea Costa, la compañera de gimnasio de su mujer.

Neil regresa a lo suyo. No responde al «ya llegué» de Karen cuando escucha el sonido de la puerta que se abre. Él sigue contemplando la noche, la tormenta y, a los lejos, al monstruoso dique entre la arboleda. Solo puede cerrar los ojos e imaginarse cómo va creciendo el nivel del agua con esta lluvia. Cómo se eleva. Cómo va transformando un río apacible en un asesino indomable. Peligroso.

—Creí que no estabas —dice Karen acercándosele por la espalda.

Neil voltea. La mujer lleva puesta la ropa de gimnasio y su fragilidad elegante. Está incluso algo empapada, con el cabello sin arreglar. Seguro que Andrea y ella tuvieron que correr por el estacionamiento del gimnasio para montarse en el vehículo. Pero incluso así se ve guapísima. Aunque no se lo dice. Le alegra estar con ella, eso sí; son un matrimonio cordial, no obstante, la época de los arrumacos y las palabras dulces quedó sepultada mucho tiempo atrás.

—Quise salir con los chicos, pero ya ves la lluvia.

—A mí no me detuvo.

—A ti nada te detiene —responde Neil en un tono que navega entre el cumplido y la reconvención. Pero antes de que su mujer reaccione, opta por cambiar el tema—: ¿Cuándo hará Brenda la próxima entrevista sobre Jenny?

Karen se lleva las manos a la cara.

—¿Estás interesado o, como a mí, todo este asunto te molesta?

—No sé.

—He pensado mil veces que ya lo superamos. Pero nunca lo superaremos.

—Nunca se supera la pérdida de un hijo. Se lidia con ella, pero no se supera —sentencia Neil con una seriedad abrumadora.

—Me voy a dormir.

—Estoy pensando... ¿y si Brenda me entrevista?

Karen vuelve sobre sus pasos. Y mientras lo hace, puede notarse en su mirada que está tratando de elegir bien las palabras.

—Intento que Brenda termine con esto. Que lo termine por su propia paz y por la nuestra. ¿Y tú

quieres pedirle a tu hija que nos haga un corte justo sobre la cicatriz? ¿Cómo puedes hacer eso?

—Brenda no es mi hija. Jenny lo era. ¡Brenda no! —exclama Neil.

—Tenías que echármelo en cara. Pensé que querías a Brenda igual que a una hija.

—Y la quiero. Pero...

—Pero...

—Mira todo lo que tenemos. Quisiera decir la verdad. Todo lo que tenemos... me envenena. ¿A ti no? Siento que pagué por todo con mi única hija.

Karen exhala y lanza un ademán al aire. Neil escucha el sonido de sus pasos alejándose y, después, el ruido de la puerta de su habitación al cerrarse.

—Voy a decir la verdad —musita Neil para Karen, aunque sabe que su esposa ya no puede escucharlo.

* * *

Pardo mira fijamente a Brenda Bracken, que está sentada en un reclinable en la casa de Sally Lonsdale, sosteniendo una humeante taza de té *rooibos*. Lleva puesto un viejo y anticuado conjunto deportivo que Sally le ha prestado y que, evidentemente, no es de su talla. Sally mira a Brenda con cierta incredulidad. ¿Cómo es posible que vista algo tan desfavorecedor y que la haga verse bien? La chica podría llevar un frutero como vestido y se vería radiante. Lonsdale está sentada en el sofá de una plaza justo al otro lado de la sala, junto a un sillón de tres plazas donde están David Hensley y Bruno Helton envueltos en cobijas, bajo las cuales no llevan nada más que la ropa interior. Al fondo se escucha el sonido de una secadora haciendo su trabajo.

—Siento no tener ropa que prestarles, chicos. Pero la máquina no debe tardar. Pronto podrán volver a vestirse y con ropa calentita —comenta Sally intentando parecer hospitalaria y graciosa, pero se queda con la impresión de que ninguna de las dos cosas las hace muy bien. No está en su naturaleza.

—Creo que tenemos que hablar —dice Hensley, desoyendo la conversación trivial de Lonsdale, pero no por grosería. Hay algo imperativo que tratar. Ella capta hacia dónde quiere ir Davidy, sin mediar palabra con su compañero, se alinea con él.

—No sé si... —intenta decir Brenda, pero David le corta el discurso.

—Hoy hice un viaje por carretera, ¿sabes? ¿Cuántas horas se hacen a Riverbend, Sally?

Pero la detective no alcanza a contestar. Brenda les ha lanzado una mirada fulminante a ambos, como un proyectil teledirigido que ha pasado a Bruno Helton de largo. Su radar de periodista está oxidado.

—¿Qué quisiste decir con eso de «encontrar al verdadero asesino», Brenda? —indaga Bruno, entrometiéndose en la conversación. Un periodista galardonado no puede quedarse a la vera de lo que está sucediendo.

Ahora es Hensley quien acribilla con la mirada a Bracken. El juego de miradas se ha tornado incómodo y Sally lo sabe. El único que no se entera es Pardo, que ya se ha echado a los pies de Brenda, meneando la cola.

—Olvida lo que dije.

—No puedo. El asesino de tu hermana está en la cárcel.

Sally y David se sienten por un momento como novatos. Desarmados.

—¿Tu hermana? —pregunta Hensley con serenidad simulada.

Brenda asiente.

—Brenda Keir. Brenda Elizabeth Keir es Brenda Bracken —dice Sally en voz baja.

David se levanta y empieza a caminar de un lado a otro. La detective desmenuza a Brenda con la mirada.

—¿Te han dicho que te pareces más a tu madre que a tu padre?

—Neil Keir no es mi padre. Bracken es el apellido de mi papá. El primer esposo de mi mamá.

—¿Qué está pasando aquí, Brenda? —pregunta con firmeza David, a pesar de que sabe que la chica no puede hablar. O, mejor dicho, no quiere hablar de lo que él quisiera hablar en ese momento. Pero es obvio que no quiere decir nada con Bruno Helton presente. Y Hensley sabe que eso es lo mejor, de lo contrario, para mañana todo sería comidilla de la prensa local.

—Yo creo que puedo decirles lo que pasa aquí. De pronto aparece en la escena una prometedor periodista llamada Brenda Bracken, casi por materialización espontánea. Aunque la realidad es otra. Ella es una de nosotros. Es de Bar Harbor. Pero necesita distanciarse de la familia: quiere ser alguien por sí misma. Quiere llegar a la cúspide del periodismo por sus propios méritos, no por ser una Keir, la hija del matrimonio magnate de las aseguradoras. Y, entonces, la chica se cambia el apellido por el de su padre biológico, fallecido tantos años atrás. El primer esposo de su madre —explica Sally sin atropellarse ni por un momento. Es como si hubiera ensayado la historia.

David mira a Lonsdale con cierta incredulidad.

—¿Cómo sabes todo esto?

—No lo sabía. Lo deduje ahora que sé que Brenda Bracken es Brenda Keir.

—Pero... ¿cómo!?

—Soy lectora de los suplementos de sociales —aclara con cierta vergüenza. David la mira con incredulidad—. ¿Qué!? Hay muchas cosas que no sabes de mí. Es un placer culpable. Tú armas aviones a escala, yo sigo la vida social de Bar Harbor. Todos tenemos lo nuestro.

—Yo no armo aviones a escala.

Se hace un silencio que es interrumpido por la alerta de la secadora. Bruno Helton se levanta de inmediato y, mientras va por su ropa, dice:

—Voy a pedir un taxi. Alguien trató de matarnos esta noche. Andamos tras algo. Lo tenemos, tú y yo —dice mirando a Brenda—. No ellos, nosotros.

—No trataron de matarlos —aclara David.

—Tú no vas a decirme lo que nos pasó —reprocha Bruno.

—Pero en verdad no trataron de matarlos. El hombre armado los tenía atrapados en un espacio de menos de dos metros cuadrados. Pudo eliminarlos a quemarropa. Tan fácil. Pero no lo hizo. Fue una advertencia. Si no, para qué pintar en la pared.

—«Calla o muere» —musita Bracken.

—¿Lo ves, Brenda? Estamos tras de algo. Vámonos de aquí —dice Helton—. No pueden retenernos.

Brenda duda. Su rostro se ha desencajado y de pronto su cuerpo parece desmoronarse. Se ve cansada.

—Hoy fue una advertencia, Brenda. Mañana podrías ser como Vicente Álvarez —sentencia el detective.

Bruno mira a Brenda y pregunta:

—¿Qué hay con Vicente Álvarez?

—No llame a un taxi, señor Helton. Si es inteligente, llamará a una agencia de viajes y se comprará un boleto de avión para irse lejos.

Capítulo 18

El reloj de pared parece sacado de una película policiaca de los años ochenta. Ciertamente, todo se ve viejo en la sala de interrogatorios de la comisaría de Bar Harbor. Brenda está sentada en la pequeña habitación con las manos sobre la mesa, frotándose las muñecas como si se preguntase: «¿Sería mejor que estuviese esposada? ¿Soy una criminal?». Frente a ella hay un cristal de una sola vista. Lo único que ve es un su reflejo. Se imagina que del otro lado está Sally Lonsdale, pero no es así. La pobre Sally está haciendo el trabajo de niñera del insolente Bruno Helton, quien no cesa con su perorata de que tiene derecho a irse de ahí. Por supuesto que puede irse, pero no se va. Sabe que sin Brenda Bracken, esta historia no es nada.

David Hensley entra a la sala de interrogatorios y le alcanza a Brenda una taza de café barato, instantáneo. Bracken lo nota por el olor, pero no dice nada. Está agradecida. Ya no es la Brenda que llegó a confrontarlo días atrás. David se dispone a iniciar la conversación, pero Brenda toma la palabra primero:

—Quiero contarte algo que me había guardado.

—Perdón, pero seré yo quien empiece. Paul Jones está muerto. Se suicidó.

Brenda siente cómo el alma se le fuga por cada poro del cuerpo. Quiere preguntar lo que pasó, pero no puede. David observa que la noticia le ha tomado por sorpresa y que su turbación es genuina. ¿O no?

—La muerte de Jones es ya una calamidad. Es decir, el hombre que confesó haber matado a tu hermanastra se quita la vida a pocos días de que inicies un serial periodístico que ha resucitado el caso.

—¿Pauly está muerto?

—Más extraño me resulta algo en particular —dice Hensley colocando una fotocopia frente a Brenda, quien la examina como si estuviese descifrando jeroglíficos—. Sucede que la última persona que lo visitó en prisión, que habló con él antes de morir, fuiste tú.

Brenda se recompone. Sabe que tiene que afrontar lo que viene.

—Eso es lo que quería contarte.

—Compláceme.

—Hace unos meses recibí una llamada desde la prisión federal de Riverbend. Yo tenía poco de haber asumido la titularidad del programa. No tengo que darte más detalles sobre eso porque sé que me escuchas —le dice Brenda a un David que no aprecia la trivialidad del comentario. Sin embargo, Bracken necesita una válvula de escape—. Acepté la llamada y era Paul Jones. Hubiera reconocido su voz en cualquier parte.

—¿Qué quería? —pregunta Hensley.

—¿Sabías que Pauly fue el chofer de una escuela pública antes de renunciar para convertirse en chofer particular de los Keir? Quiero decir, de mi familia. De nosotras, casi siempre. Me

refiero a mi hermana y yo. Él nos traía todo el tiempo, de la escuela a la esgrima; de la esgrima al piano; del piano a la casa. Nosotras lo queríamos y siempre pensé que él nos quería a nosotras. Era muy querido, incluso como chofer de aquella escuela.

—Mi hija Helen viajaba en el autobús de Pauly todas las mañanas para ir a clases. Al menos hasta que renunció para irse a trabajar con ustedes.

—¿En serio? Entonces lo conoces. ¿Pensarías que es capaz de hacer algo como lo que...? — Brenda se detiene. Esa era la parte difícil.

—Él confesó haberlo hecho.

—¿Te digo algo? En su momento, de verdad creí que él era el culpable. Cuando confesó, deseé su muerte. Pero creo que solo lo creí porque era cómodo y porque, pues, me ayudaba a amortiguar mi parte de culpa. Así que cuando me llamó... no sé, algo comenzó a cosquillear en mi cabeza, en mis entrañas. Y la culpa volvió. Tenía que asumir la parte que me tocaba en la muerte de Jenny.

David la escucha con atención, pero aún no lograba armar el rompecabezas.

—De todas las personas del mundo, ¿por qué Paul te buscó?

—Me reconoció. Escuchaban la radio en prisión y reconoció mi voz. Yo me presentaba como Brenda Bracken y él escuchó de inmediato a la pequeña Brenda Keir. Eso fue lo que me dijo.

—Pidió una llamada, dice el registro que para buscar a un familiar, pero te marcó a ti.

—Me dijo que quería verme. Inicialmente, me negué. Pero él insistió con un par de llamadas más, hasta que me dijo que él sentía que había saldado su condena, que había purgado su culpa, y que había llegado el momento de alguien más salde su cuenta.

—No entiendo.

—Yo pensé que se refería a mí, que yo asumiera mi culpa.

—Me vas a tener que explicar eso de «tu culpa», de verdad —dice David, pero Brenda sigue recapitulando lo ocurrido.

—Así que fui a verlo a prisión. Paul me insinuó que había un segundo culpable. Que era mi decisión elegir encontrarlo o no.

—Y tú le creíste.

—No. No soy crédula. Pero al menos me dio motivos para dudar, para indagar.

—Para descubrir si decía la verdad o no. Por eso empezaste el serial de entrevistas.

—«Diez años bajo el agua».

—Y asesinaron a tu primer invitado. Tal vez Jones dijo la verdad.

—Me dijo que si me armaba de valor y decidía avanzar hacia la verdad, se lo tenía que probar al aire. Y que, si me sacudía el miedo, volviera a verlo a Riverbend. Es raro, pero justamente había estado pensando en ir a visitarlo, en hablar de nuevo con él para que me contara quién mató a Jenny.

—Él mató a Jenny. Incluso si tuvo un cómplice, él la mató. Eso es lo que sabemos porque, bueno, lo confesó.

—Ese es el punto, detective. Paul lo confesó, pero las cosas fueron al revés: Jones fue el cómplice y, en realidad, el otro implicado fue el asesino. Lo tenemos todo al revés. ¿Sabe por qué? Porque por alguna razón, Jones se culpó a sí mismo para proteger al verdadero autor material.

Capítulo 19

La oficina de Neil Keir está en lo más alto del edificio de Keir Insurance Co. No es, ni por mucho, el edificio más grande de la ciudad, pero los remates *art déco* que tiene en la cúspide lo han vuelto punto de referencia para los paseantes del centro de Bar Harbor que piden indicaciones para llegar a algún lugar.

Neil está en su despacho y tiene las manos hundidas en unos archiveros arrinconados que, aunque están impecables, es evidente que hace años que no se abren. Queda claro que el viejo archivero era por demás impenetrable y seguro.

Keir ha pedido que no le pasen llamadas. Y con justa razón. Necesita darse un concienzudo clavado en el pasado y encontrar lo que está buscando. Hoy. Tiene que mostrárselo a Brenda. Tiene que abrirse y decirle la verdad.

Suena el móvil de Neil. Puede ver en la pantalla la fotografía alabastrina de su mujer, Karen. No tiene tiempo para contestar ahora. Ella le preguntará qué está haciendo y él no podrá contenerse. El pasado se ha convertido en el vapor que busca cualquier orificio para escaparse de la tetera. En esta analogía, él es la tetera. Y ahora se siente avergonzado consigo mismo por pensar en una analogía tan básica, pero que, de cierta forma, explica bien lo que le sucede por dentro.

Al fin, Neil pone las manos sobre lo que está buscando. Podría reconocer los papeles en cualquier parte. Ni siquiera tiene que leerlos. Las hojas se han descolorido un poco. Son de un papel corriente, pero ahora las ve como si fuesen de pergamino, como si contuviesen una lectura sagrada o un encantamiento que exorciza el mal.

* * *

—La casa de seguridad de la calle Tiden es una de las mejores que tenemos —dice David Hensley como si fuese un vendedor inmobiliario. Pero su argumento de venta no reconforta a Brenda; mucho menos a Bruno. Ambos van en la parte de atrás del SUV del detective, ataviados con gafas oscuras que les cubren casi todo el rostro. Debido al peligro que afrontan, Lonsdale y Hensley han logrado convencerlos para que acepten, a regañadientes, quedarse unos días en una de las fincas para testigos protegidos que hay en la ciudad.

La calle Tiden es el eje de una zona residencial. Es una vía poco transitada, solo los vecinos entran y salen porque no hay nada por esos rumbos. Solo casas pequeñas, de clase media, algunas muy lindas; otras, descuidadas. Brenda conoce bien la calle Tiden porque tiene que atravesarla para llegar a su hogar y el semáforo que hace esquina en la avenida Principal hace siempre un alto prolongadísimo. Y, claro, les toca el alto. Es justo ahí donde Brenda siente una urgencia súbita.

—Detective, deberíamos pasar por mi casa. No es tan lejos —dice, rompiendo el silencio.

—Lo que necesites de tu casa, yo voy y te lo traigo. Ahora es muy riesgoso pasarnos por ahí. Si el hombre que los amenazó sabe tu domicilio, estaría poniéndote en peligro al llevarte — responde Hensley. Al hablar del hombre misterioso, no puede evitar mirarse en el retrovisor y contemplar el golpe enrojecido que le dejó en el pómulo.

—¿Duele? —pregunta Bruno con cierta sorna al darse cuenta de que David se está mirando la herida en el espejo.

—Grabé mis conversaciones con Paul —confiesa Brenda. La chica está llena de sorpresas. David y Bruno intercambian miradas por el espejo antes de clavarle los ojos a la periodista—. Solo las conversaciones telefónicas, claro. Uno no puede meter a Riverbend ni un alfiler. Pero el par de ocasiones que Paul me marcó... tengo esas conversaciones en archivo. Sé que no debe hacerse, que grabar conversaciones sin autorización es un delito, pero... al final del día soy periodista. Necesito tener un registro de todo, algo para respaldar mi palabra y mis investigaciones. Tengo una aplicación en el teléfono que crea un archivo de audio de todas mis llamadas —explica.

—Esa es mi chica —balbucea Bruno, pero Brenda no aprecia ni el gesto ni el tono.

—Y, no me lo digas, esos archivos están en tu casa.

—Sí.

—¿Dónde? Los dejo instalados en la casa de seguridad y me voy de inmediato a recogerlos — responde David.

—O podríamos pasar por ellos ahora mismo.

—Eso no va a pasar.

—De acuerdo. Pero bien podría ocurrir que el hombre misterioso estuviese ahora mismo registrando mi casa y destruyendo cualquier cosa que le pueda parecer evidencia —dice Brenda con la vista puesta en el conductor. Sabe el efecto que tendrá lo que acaba de decir. Cuando por fin se pone el verde, David Hensley pasa la calle Tiden y gruñe:

—Pondré tu dirección en el GPS.

Capítulo 20

El césped está seco. Las macetas, deslucidas y sin flores. La tierra está toda batida, quizá por los perros del vecindario; quizá porque hay topos. O quizá por ambas razones. Louise Hensley duda por un momento. Recuerda haber pasado por ahí en algún momento para entregar más de alguna canasta navideña, pero de eso hace ya muchos años. ¿Se habrá equivocado? La duda se le disipa al poner su mirada sobre el vetusto buzón. Ahí lo dice con toda claridad: familia Jones. Louise está en el lugar correcto. No le extraña no haberlo reconocido. Alessandra siempre fue amante de la jardinería. Su jardín frontal era, sin duda, el más bonito de la calle. Siempre muy verde, con un aroma bellissimo, con muchas flores. Pero de eso no queda nada.

Avanza por el caminito que la conduce al porche. Lleva las dos manos ocupadas con una caja de cartón corriente y, sobre ella, un táper con macarrones. Tiene que hacer malabares para poder tocar el timbre. Pero no hay respuesta. Insiste. Louise intenta aguzar el oído para ver si escucha pasos que se acerquen a abrir la puerta. Usa su visión periférica, trata de mirar si alguien recorre las cortinas para saber quién llama. Nada. Louise exhala, siente la derrota.

—Siempre me cayeron bien, ¿sabes? David y tú. Y Helen, una lindura. Creo que nunca te di el pésame —dice una voz proveniente de un rincón.

Louise se da cuenta de que ahí, hundida en una poltrona de jardín arrumbada en el porche, está sentada Alessandra. Lo que queda de ella es tan gris que hasta consigue mimetizarse con la desangelada y descuidada fachada de la casa. Louise se acerca y lanza una sonrisa pequeña pero honesta.

—Alessa.

La mujer le regresa el gesto, también con franqueza. Los pliegues alrededor de la boca le dibujan a Alessa una tristeza permanente, incluso cuando intenta sonreír. No se parece en nada a la Alessa que conoció en la infancia de Helen, cuando Paul era el chofer del bus de la escuela. Louise intenta reconstruir en su cabeza la imagen de la mujer que alguna vez conoció.

Antes de llamarse Alessandra Jones, su nombre fue Alessandra Costa. Nunca ha sabido exactamente de dónde es, porque Alessa es muy discreta respecto a su pasado. Sus facciones de mulata caribeña eran impresionantes. Aún lo son, incluso en su presente sombrío. Su rostro tiene una presencia particular, una de esas bellezas de trazos duros que resultan magnéticas.

Se sienta junto a Alessa y pone las cosas en una mesita destartalada.

—Me enteré de lo de Paul. David y yo lo supimos recién. Habría venido antes. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué es eso?

—Macarrones.

—No, la caja.

Louise espera un momento antes de responder. Ensayó las palabras correctas en el camino.

—David la trajo desde Riverbend. Son las cosas de Pauly. No es mi intención ser entrometida, solo quise traerlas por si hubiese algo que quieras conservar.

—Deliberadamente, decidí no recoger sus cosas cuando nos llamaron para decirnos que se había suicidado, Louise.

Se siente avergonzada. Alessa lo nota.

—No lo digo como un reproche. Sé que intentas ayudar. Yo... no creo que haya nada ahí que desee conservar. De hecho, desde que pasó lo que pasó he tratado de borrar a Paul. Si en la casa hay fotografías es por mis hijos, ¿sabes? Ellos lo quisieron mucho.

—Me imagino —dice Louise.

—¿Por qué tenía David las cosas de Paul?

—Fue a Riverbend a buscar a tu marido. Quería hablar con él. Ya sabes, yo no pregunto mucho sobre asuntos de su trabajo porque sé que, de cualquier modo, no me va a contar gran cosa. Todo es parte de una investigación, ¡todo es confidencial, Louise! —dice la mujer con una gesticulación que les arranca una pequeña carcajada a ambas.

—Sé que no somos amigas, Alessa. Pero ¿necesitas algo?

—Que te llesves la caja, por favor. Que la tires en cualquier parte.

—Hecho.

—Nunca entendí mi vida con él. No totalmente. Sé que me quiso. Pero creo que me voy a morir sin poder comprender por qué hizo lo que... —Alessa se traba. Le cuesta continuar. Pero quiere decirlo como es—. Por qué mató a esa pobre criatura. Y ahora no sé por qué se mató él. Y mató los corazones de mis hijos. Fulminó a nuestra familia.

—Lo siento.

—Mi héroe y mi verdugo. ¿Sabías que me salvó de ser deportada, de que me separaran de mis hijos? Te juro que no sé cómo lo hizo. Pero estuve tan agradecida. Y luego secuestra a la niña y desaparece. Y de pronto, días después, se apersona frente a la puerta con lágrimas en los ojos, con la ropa empapada, y me suplica que lo acompañe. Y, ¿a dónde vamos? A la comisaría. Y les dice «vengo a entregarme». Y les dice que él mató a Jenny Keir, a la hija de sus patrones. Esos dos fueron tan buenos con nosotros. ¿Pero qué hace Pauly, Louise? Dejar que se le meta el diablo y matar a una criatura. Si alguien hubiera venido a decirme «tu esposo mató a una niña», no le hubiera creído, ni en mil años. Pero ¿cómo no creerlo cuando él mismo lo dice con su propia voz?

Louise toma la mano de Alessa. Está temblando y sus ojos son un par de cascadas. Intenta reconfortarla. En la cabeza de Louise explota un recuerdo donde no hay imagen, solo oscuridad y la voz de su marido diciéndole: «Helen ya no está con nosotros. La perdimos para siempre».

Capítulo 21

Brenda Bracken vive en un viejo edificio industrial de cuatro plantas que ha sido convertido en una tríada de *lofts* verticales. Todo el barrio es así. David Hensley no oculta su asombro cuando se internan en la antigua zona industrial de Bar Harbor, un lugar que en los setenta quedó abandonado cuando las nuevas reglamentaciones municipales expulsaron a las fábricas fuera de la ciudad. El lugar se convirtió en un nido de maleantes y en el centro del vicio. Pero en cosa de treinta años algo cambió. Con la llegada del nuevo siglo apareció la llamada gentrificación y la zona industrial se volvió residencial, del gusto de la cepa hípster e intelectual. Hensley había evitado a toda costa visitar el lugar. No le gustaba lo que escuchaba sobre él: tan *yuppie* y diseñado que le sonaba artificioso. Además de aburrido. Era la zona más segura y con más baja criminalidad del condado. Pero ahora estaba ahí.

—Estaciónate aquí.

David aparca justo frente a un edificio que bien pudo ser una fábrica de ropa o una maquiladora de sartenes. Da igual. Brenda vive en el apartamento de la primera planta, porque la planta baja es un *lobby* inútil que solo le da servicio a tres residentes. Al atravesarlo, solo se escucha el eco de sus pasos rebotando contra las paredes minimalistas. Brenda le cuenta a sus acompañantes que hace un par de meses tuvieron que prescindir del «*concierge*», era una excentricidad siendo solo tres residentes.

Brenda abre la puerta de su apartamento con una llave electrónica que, además, requiere de un código numérico.

—Es mi pequeño Fuerte Knox.

Adentro todo está impecable. No hay nada fuera de su lugar. A David le llama la atención que el lugar parezca no tener habitaciones independientes, solo muros de concreto dispuestos de tal forma que arman una suerte de laberinto. Algo que para un arquitecto hipermoderno podría ser delirante, pero que para él era un sinsentido. El único lugar con su propia puerta y paredes es el cuarto de baño. Al menos eso es lo que deduce David al ver la única puerta del lugar, además de la que cruzaron al entrar al apartamento. Lo que sí tiene es buena iluminación, gracias a unos ventanales imponentes, apenas cubiertos con suaves cortinas de gasa que caen con soltura. Solo una de ellas se mece al ritmo del viento que sopla por la ventana.

Brenda avanza por el piso con determinación, seguida por sus escoltas, Hensley y Helton, hasta llegar a un escritorio prolijo donde se encuentra su computadora portátil. Abre el cajón lateral y extrae un disco duro. Brenda frunce el ceño.

—¿Todo en orden? —pregunta el detective.

—Todo bien. Como notarás, tengo una manía con el orden. Y nada, que con las prisas he guardado el disco duro fuera de su estuche, pero aquí está —dice mientras muestra el trofeo del día. David tiende la mano, esperando que se lo entregue, pero ella no lo hace—. Me llevo la

portátil para que los escuchemos juntos en la casa de seguridad, ¿te parece?

Hensley piensa que la periodista se está excediendo un poco. Esa vieja faz de su personalidad que es indomable, casi insufrible, está volviendo a asomarse. Y él que creyó que la experiencia cercana a la muerte había logrado enterrar a la señora Hyde de esta doctora Jeckyll.

—No voy a ir a la casa de seguridad, detective —suelta de pronto Bruno Helton.

—Ya decía yo que habías estado demasiado callado —espeta David.

—Alguien tiene que apersonarse en la sala de redacción y hacer lo que se tiene que hacer — dice Bruno plantándose frente a David, pero con los ojos puestos en Brenda. Helton la confronta así. Bracken sabe lo que está preguntándole en silencio: ¿Qué eres primero? ¿Una periodista en ascenso o la hermanastra de una niña muerta?

—No me hagas llevarte por la fuerza, Helton.

—¿Un agente de la ley amenazando a un civil? Me gusta para el noticiero.

—Están en peligro, ¿no lo ves? —chilla David.

—Alguien tiene que decir lo que está pasando. ¡La gente quiere saber la verdad sobre Jenny Keir!

—¿La gente? ¿Quieres informar a la gente o alimentar los índices de audiencia, Helton? Si sales a gritar a los cuatro vientos lo que hemos descubierto en las últimas horas, nos vas a arruinar. Prácticamente estás lanzándole una bengala a tu agresor, y lo puede tomar de dos formas: o se hunde en su agujero o sale a terminar lo que le quedó inconcluso y te mete un plomo en la frente.

La discusión entre Helton y Hensley va en franca escalada. Brenda quiere intervenir, teme que se agarren a golpes, pero, en ese momento, no tiene muy claro lo que debe hacer. ¿Se oculta con Hensley o se encarga de lleno del horario estelar radiofónico? Es entonces cuando Brenda se da cuenta de que en su pulcro apartamento hay algo fuera de lugar. Lo ha detectado mientras Bruno y David vociferan. Los ánimos encendidos podrían llevar a cualquiera de los dos a lanzar el primer golpe. Pero hay algo desbalanceado en la escena que Brenda observa como espectadora de una película. Detrás de Bruno debería de haber una litografía de Chagall. Y no está. Solo se ve la puerta de una caja fuerte. La litografía está recargada en la pared, a los pies de Bruno, quien se tropieza con ella durante la disputa con el detective.

—Hay alguien aquí —dice Brenda. Sus palabras convierten la pelea verbal en un silencio rotundo.

—¿Qué dices?

Ella señala la caja fuerte al desnudo, en la pared, a la vista de todos.

—Alguien ha movido el cuadro y ha encontrado la caja fuerte.

—Pero está cerrada —puntualiza Hensley.

—Y aun si estuviera abierta, no hay nada en ella. Pero alguien estuvo hurgando.

Brenda se acerca y teclea un código con rapidez en el acceso digital frontal de plomo de la caja. Se abre. No hay nada dentro más que un par de zarcillos.

—Lo de la caja fuerte —explica Brenda— fue una ocurrencia de mi padre. Él fue quien la montó. Prácticamente no la uso. Me ha dicho que la use para mis papeles importantes, las cosas de valor. A mí me da igual. Si esos aretes están guardados ahí es porque son de mi madre. Y si los pierdo, ahí sí que me matan.

—Esto es una locura, acá ya no hay nadie —espeta Bruno—. Yo me largo ya. No tengo tiempo que perder con este troglodita —añade mientras señala a David con desdén. Helton se gira, pero no logra llegar a la puerta. No bien pasa el primer muro, un jarrón se le estrella en la cara. David

reconoce de inmediato la sudadera, el pantalón, las zapatillas y el pañuelo en la cara. Para cuando Hensley desenfunda y salta el cuerpo de Bruno, que ha quedado tendido en el piso, el intruso ya se ha deslizado por el ventanal. David corre tras él. ¿Ha saltado desde la primera planta? Pero no, él encapuchado se ha deslizado por la escalera de emergencia con la agilidad con que un bombero desciende por el tubo. Hensley asume que tiene que ir tras él.

—¡Detective! —grita Brenda, frenando el acto de salvaje osadía extrema que David estaba por cometer. Hensley se gira y encuentra a la joven inclinada junto al cuerpo inerte de Helton. Está sangrando abundantemente.

Capítulo 22

El café de Brenda se ha enfriado y no le ha dado ni un sorbo. Está sentada en la sala de espera del hospital, lleva puesto el abrigo de Hensley y la acompaña Sally Lonsdale. Ninguna de las dos dice una palabra. Tampoco se mueven. Parecen esculpidas ahí, destinadas a quedarse inertes por el resto de los tiempos. Pero el encantamiento se rompe cuando ven a David Hensley acercarse por el pasillo. Ambas se ponen de pie. Brenda, con la mirada clavada en el detective; Lonsdale, mirando con atención a los alrededores porque es evidente que Bracken todavía corre peligro.

—El golpe le dejó la cara magullada, pero sanará. Al caer se golpeó la cabeza, de ahí la sangre. No ha despertado, pero el resto de su cuerpo parece funcionar bien. Tendrán que hacer varias tomografías para asegurarse de que no haya algún daño irreparable. Lo siento —dice David a una Brenda desencajada.

—Vicente. Bruno. —La periodista siente que las cosas están desmoronándose. Asumió su rol de prestidigitadora de la verdad, pero ahora se siente empujada.

—Tenemos que esconderte, Brenda.

La joven asiente.

—Voy a montar una ronda de vigilancia en este piso en torno a Helton, David —dice Sally. Hensley no la mira, pero asiente. Lonsdale saca su móvil y se retira a una esquina. Él tiene toda su atención entregada a Bracken.

—Hay algo que no me cuadra —medita el detective.

—¿Qué cosa?

—La puerta de tu casa. Tu pequeño Fuerte Knox. No parecía forzada. La casa no estaba batida. O el intruso es un cirujano del robo residencial o sabía exactamente a dónde dirigirse.

Brenda cierra los ojos. El teléfono de Hensley comienza a sonar. Es Louise. Seguro quiere saber de él. Si irá a dormir a casa o no. Y seguro quiere contarle sobre su visita a la casa de Alessa Costa. No puede creer que lo convenció de permitirle llevarse la caja con las cosas de Pauly. No es que hubiera nada de interés para el caso. Había revisado todo y lo único importante era la nota de suicidio. Y esa la tiene en su poder. A veces le sorprende el dominio que Louise ejerce sobre él, aunque no lo parezca.

David duda si tomar la llamada, pero en ese momento suena también el teléfono móvil de Brenda.

—Es mi padre, ¿puedo?

—Sí, pero ni una palabra de nada. Tenemos que ocultarte.

Brenda asiente antes de contestar. David se dispone a lo mismo, pero el teléfono ha dejado de sonar. Mejor así, porque Sally y el jefe de seguridad del hospital vienen hacia él, deberán planear el operativo para cuidar de Helton. Mientras se ponen de acuerdo, David echa miradas ocasionales a Brenda. Está apoyada contra un extinguidor de incendios que hay en la pared. No

parece que esté disfrutando de una llamada paternal cómoda.

—¿Procedemos? —pregunta Sally.

—El plan me parece bien. El atacante es escurridizo, pero el despliegue que tenemos debería bastar. ¿Pasaste la descripción?

—Solo tenemos la ropa.

—De momento, es lo que hay, Sally. No pude verle la cara.

—Pudiste dispararle en dos ocasiones.

—No tomemos ese camino. Por favor.

Sally sabe que ese es terreno espinoso. Hensley es un gran investigador, protector y hombre de justicia, pero se paraliza cuando se trata de jalar el gatillo. Sabe que jamás podrá disparar contra otro ser humano, y eso es muy peligroso en su oficio. Solo espera poder estar siempre a su lado para protegerlo. Ella no dudaría en disparar por él.

—¿Te llevas o me llevo a Brenda? —pregunta Lonsdale.

—Yo me la llevo. Y de ahí a mi casa. Mi mujer me ha buscado.

—¿Ya había dicho antes que Louise es una santa?

—Sally...

—¿Qué pasa?

—¿Dónde está Brenda?

La periodista no está más en la sala de espera.

—¡Diablos! —exclama Hensley, que echa a correr por el pasillo como si supiese en qué dirección se fue. Sally lo sigue deprisa.

David llega entonces a la entrada de la sala de urgencias, sorteando un par de camillas y una ambulancia para quedar parado en la explanada del hospital. El pavimento está mojado. Llovió mientras estuvieron ahí. A unos cuantos metros puede ver su SUV entrando a toda velocidad en la avenida, con Brenda al volante.

David le dejó su abrigo. Y con el abrigo, las llaves del vehículo.

—¿La perdimos? —pregunta Sally, que le ha dado alcance.

—No lo sé. Tal vez no. Va a encontrarse con su padre. La pregunta es en dónde —pondera el detective.

—¿Me creerías si te dijera que es posible que yo lo sepa?

* * *

Por las noches, el bosque que circunda al río St. Marcus se convierte en las fauces de una criatura de horror, dispuesta a devorarte. Las filas de encinos, tan imponentes durante el día, en la oscuridad parecen espectros con la misión de ahuyentar a cualquier visitante. Con el río crecido por las últimas lluvias, el bosque obtiene además su propio rugido, capaz de eclipsar a la más salvaje de las bestias y de minimizar al más cruel de los demonios.

Brenda Bracken no se ha parado por ese bosque desde la muerte de su hermana. No ha vuelto ahí de día, mucho menos de noche. Pero lo que la ha llevado de vuelta al lugar donde habitan sus miedos, su culpa, es más apremiante que cualquier otra cosa. Mientras conduce el vehículo de Hensley por el camino sinuoso sin pavimentar que se abre paso entre los árboles y que la va acercando al río, intenta llenar los huecos de la plástica que recién tuvo con su padre por teléfono. ¿Qué puede ser tan importante como para tener que verla ahora mismo? ¿Por qué en un lugar como ese? ¿Por qué palabras como «secreto» y «verdad» no dejaban de salir de la boca de su padre? Y,

peor aún, ¿por qué mencionó el nombre de Jenny? «Nuestra Beatriz».

Tras un trayecto que le parece eterno, Brenda llega al final del camino, donde este se encuentra con el cauce del río, que corre frenético en busca del mar. La corriente ya roza las faldas de los primeros árboles del bosque. Brenda detiene el auto a una distancia más que prudente. Deja las luces encendidas y se apea. A ciegas tantea debajo del asiento del conductor. Su instinto no le falla. Por supuesto que David Hensley tiene una lámpara de mano bajo el asiento. Brenda la enciende y le trae un poco de luz a su noche boscosa. Hace frío. Menos mal que trae el abrigo del detective. A lo lejos puede ver los relámpagos rebosando las nubes. Los truenos no se alcanzan a escuchar todavía. Pero esas nubes vienen en dirección de Bar Harbor. Amenaza tormenta.

Brenda llega por fin al agua. Ilumina la periferia con la lámpara, recorriendo sus alrededores en una dirección y otra. No hay señales de su padre. Solo un tufillo a quemado. Es entonces que Brenda se da cuenta de que hay rastros de ceniza y algunas partículas incandescentes en el suelo. La lámpara de mano le revela lo que parecen ser un puñado de papeles quemados.

También puede ver marcas de neumáticos. Eso no es tan raro, con tantos tórtolos que usan esa ruta para darse sus arrumacos. Pero esas marcas parecen recientes. Brenda se agacha y empieza a husmear con la lámpara entre las cenizas. Todo es ya polvo gris. La última partícula en llamas está por extinguirse. Sin embargo, algo atrae su atención. Entre las hojas quemadas cree que alcanza a distinguir algo que le parece familiar. ¿El logotipo de Keir Insurance Co.?

Bracken está tan concentrada que pasa por alto un par de pisadas que se acercan hacia ella. Una figura se mueve en la oscuridad a toda prisa. Avanza tan rápido que parece que quisiera envestirla. Nada se interpone ya entre él y Brenda. Estira el brazo y coge a la periodista del hombro, con fuerza. La jala hacia sí. Brenda siente la mano helada. Quiere gritar, pero la voz se le diluye del susto. Siente la fuerza que la levanta. Así que ciñe la lámpara con fuerza para asestar un golpe, pero un brazo firme la detiene antes de siquiera acercarse a la cara. Y ahí lo ve. Es David Hensley.

—¿Qué carajo, Bracken!

—David, me has sacado un susto... —dice Brenda, aliviada. Por encima del hombro de David ve la luz de una lámpara que desciende por el camino. Brenda levanta su luz y descubre a Sally Lonsdale, andando hacia ellos.

—¿Cómo supieron dónde encontrarme?

—Me encontré a tu padre el otro día por aquí. Yo estaba haciendo un recorrido amargamente turístico, por decirlo de alguna manera. Peinaba las rutas que exploramos cuando tu hermana murió. Y llegué aquí. Tu padre estaba sentado en su camioneta. Me dijo que a veces venía por acá, a despejarse.

—Es cierto. Solía traernos aquí a Jenny y a mí. Él se sentaba en el auto, bajaba las ventanas y ponía algún CD de Roberta Flack. Jenny y yo nos bajábamos a mojarnos los pies en el río. No era gran cosa, pero lo disfrutábamos mucho. Era algo de nosotros tres. Mi mamá no solía acompañarnos, decía que se aburría.

—¿Viniste a encontrarte con él?

—Sí —dice levemente apenada—, perdón por tomarte el auto. Pero lo escuché muy apurado y, no sé, todavía no puedo entender muy bien de qué me hablaba cuando me marcó. Decía tantas cosas.

—¿Lo viste?

—No.

—Se arrepintió —supone Lonsdale.

—Miren —dice Brenda señalando las cenizas en el piso. Ni bien posan sus miradas en las hojas quemadas, el último trozo de papel ardiente se apaga.

Capítulo 23

El automóvil de David Hensley está estacionado frente a la casa de los Keir, justo en un punto ciego que las farolas de la calle dejan sin iluminar. Detrás de ellos se ha estacionado Sally Lonsdale, al volante de un discreto vehículo oficial al que le ha quitado la torreta portátil. Desde ahí ve a Brenda y David parados justo al pie de la puerta de la mansión.

—¿Estás segura de esto? —le pregunta el detective.

—Necesito saber por qué no se presentó. O por qué se presentó y se fue dejando papeles que, estoy segura, son de la compañía. Y si es el caso, ¿por qué llevó papeles de la compañía si lo que quería era hablarme de Jenny? No entiendo nada, en serio.

—Pues vamos.

Brenda llama a la puerta. No tienen que esperar mucho antes de que Karen les abra la puerta. Todavía lleva puesta la ropa de gimnasio. Solo se ha cambiado las zapatillas deportivas por unas sandalias.

—¡Hija! ¿Qué haces aquí tan tarde? —pregunta Karen con sorpresa. Su hija le da un abrazo automático, pero la mujer se la sacude con delicadeza—. ¡No tan fuerte, el gimnasio me tiene molida! El nuevo entrenador es un verdugo, pero, francamente, me siento como nunca.

Solo entonces Karen se percata del hombre que se ha quedado un par de pasos atrás de su hija, más cerca de la sombra de la calle que de la luz de su hogar. Ella le regala una mueca. Nunca ha sido afecta a los visitantes inesperados. Ni a los desconocidos.

—Él es David Hensley, mamá. Es un... colega.

El policía acepta la mentira piadosa con una sonrisa discreta. De momento, mejor no involucrar a su madre. Sin embargo, no está seguro de que la señora Keir se lo haya creído por completo. En su rostro hay recelo.

—Me estaba metiendo a bañar, amor. Mira cómo ando —le dice Karen a Brenda, privando al fin a David de su atención.

—Solo estaba buscando a papá.

—No está —le contesta con contundencia.

Brenda voltea hacia la explanada frontal de la casa, donde su padre suele aparcar tanto su camioneta como el descapotable. Al contrario de su madre, que siempre mete su auto a la cochera, su padre suele estacionar a la vista de todos. Y los dos autos de Neil están ahí. David no puede evitar notar que las llantas de la camioneta están terrosas y salpicadas, como si acabaran de pasar por un camino rústico. Brenda mira a su madre con desconcierto.

—Anda. Pueden pasar. Te digo que no está. Tampoco soy su celadora. Es más, ¿no lo viste hoy? Me comentó que iba a buscarte.

—Sí, se suponía que nos veríamos.

David interviene de inmediato.

—Brenda, si vas a querer que te deje en tu casa, necesitamos irnos ya, que se hace tarde y tengo que volver a la mía con mi mujer. Seguro que tu padre mañana te pasa esas cifras sobre aseguradoras locales que necesitamos para el reportaje.

Bracken entiende que entre menos comente, mejor. Se acerca a besar a su madre en la mejilla.

—Dile a papá que me marque, ¿está bien?

—Cuenta con ello.

Karen cierra la puerta. Brenda y David se encaminan hacia el SUV.

—¿Dónde podría estar tu padre ahora mismo?

—No lo sé.

—Su camioneta estuvo en el bosque. Las llantas y las salpicaderas están llenas de polvo y lodo.

—Tiene que ir mañana a su oficina. Podríamos buscarlo ahí.

—Olvídalo. Desde mañana no hay un «nosotros». Ya paseaste demasiado y tendrías que estar oculta en la casa de seguridad. Esto es lo que va a suceder: te voy a dejar ahí, Sally se quedará contigo esta noche. Y ya veré yo cómo intercepto a tu padre en su trabajo y cómo hago para que me diga qué es lo que quiere contarte.

—Te deseo suerte, pero tu plan es a prueba de éxito.

David no dice nada. Sabe que difícilmente Neil se abrirá ante alguien que no sea Brenda. La curiosidad ha comenzado a crecer dentro de Hensley.

Ambos se suben al auto. Arrancan, escoltados por Sally Lonsdale. Desde el balcón, con las luces apagadas, Karen los ve retirarse hasta que los faros de los vehículos se pierden por la calle sinuosa. La señora Keir entra a casa y cierra las puertas corredizas. Camina hacia las escaleras de caracol que la llevan a su habitación. Ahí se encuentra de frente con el señor Keir, que está sentado en la orilla de la cama.

—No puedo creer lo que hiciste —le reprocha a su mujer,

—No puedo creer lo que ibas a hacer —responde Karen mientras le arroja una pequeña bolsa de viaje. Neil no entiende bien qué está sucediendo.

—Empaca algo. Nos vamos unos días a Bethany Beach. Tengo que alejarte de la tentación.

Capítulo 24

El olor del tocino frito fue lo que despertó a David. Está sentado a la mesa con un par de huevos estrellados y un montículo de papa rallada en el plato. El tocino ya desapareció. Siempre es lo primero que se come. Frente a él está Louise, sorbiendo de a poco su jugo de naranja.

—No puedo creer que estemos desayunando juntos. Últimamente nos cuesta trabajo coincidir —le dice.

David asiente. Está de acuerdo con su mujer, pero preferiría evitar el tema, al menos esa mañana. Y tal vez por el resto de la semana.

—¿Cómo te fue en casa de los Jones?

—Alessa está devastada por lo de Paul.

—Ella está devastada por lo de Paul desde hace diez años. Es terrible.

—¿Crees que él lo hizo? Que mató a la niña.

—No quiero decir que sí, pero... sí. El tipo lo confesó —afirma David.

—Alessa me dijo que Paul le tenía mucho aprecio a las niñas Keir —dice Louise.

David guarda silencio un momento.

—Brenda Keir me dijo ayer lo mismo. Que Paul les tenía cariño. Y ellas a él.

—¿Brenda Keir?

—Sí. ¿Puedes creerte que la Brenda Bracken de la radio es en realidad la otra hija de los Keir?

Solo hasta que lo ha dicho se da cuenta de que ahí está de nuevo, compartiendo información delicada de un caso en activo con su mujer. Si eso no es confianza ciega, entonces no sabría decir qué lo es. Ella está sorprendida. Quiere preguntar algo, pero Hensley la para en seco.

—Y no me preguntes más. No puedo contarte. Ni siquiera debí decirte eso.

—¿Y por qué Pauly haría algo tan terrible entonces?

—Cuando Bracken comenzó sus programas especiales sobre el caso Keir, mi primer impulso fue revisar los archivos del crimen. La declaración de Paul contaba que luego de secuestrar a Jenny y pedir el rescate, la escondió en el bosque. Pero Paul no tomó demasiadas precauciones con la niña. En su juicio insistió en que no quería lastimarla. Para Jenny fue fácil escapar. Cuando Paul se dio cuenta, la persiguió hasta que llegaron a la vieja represa. Ahí la alcanzó muy fácilmente, pero la niña forcejeó. Paul intentó someterla, pero no midió sus fuerzas, la empujó y la pequeña cayó por la represa hacia el río. Si la caída no la mató, lo haría la «temporada de los ahogados». Paul huyó. Se escondió en el bosque, según dice. No fue sino hasta que el cadáver de Jenny fue encontrado por Vicente Álvarez que Paul entendió que no tenía a dónde más ir. La culpa lo atormentaba. Y él mismo entró andando en la comisaría, empapado, con los ojos enrojecidos y vidriosos. Esto lo sé de primera mano porque Sally estaba ahí aquella mañana. Ella me lo contó.

Louise no ha separado su atención de David ni por un minuto. Recuerda lo que Alessa le

comentó: haber sido ella misma quien llevó a Pauly, empapado, ante la policía.

—Paul debe haber pedido un gran rescate.

—Sí. Quién sabe cómo hubieran sido las cosas si Jenny no intentaba escapar.

—¿Para qué quería el dinero? —pregunta Louise, más a sí misma que a su esposo.

—¡Detente! Sucede que ahora eres mejor detective que Lonsdale.

—Que Sally, nunca; pero quizá mejor que tú —bromea.

—Paul se volvió codicioso. Dicen que eso pasa cuando trabajas para gente con dinero. Quiero decir, con más dinero del que nadie podría soñar jamás. Empiezas a desear lo que ves. Parece que Paul pidió cinco millones de dólares de rescate. Una ridiculez para alguien que dirige una compañía de seguros con alcances nacionales. Pero para Paul eso era suficiente para volar al Caribe con su mujer e hijos y llevar una vida tranquila. Allá podía hacer que esa cantidad de dinero le durara al menos tres veces de lo que le duraría aquí.

—No lo entiendo.

—Ilumíneme, detective Louise Hensley —dice David con una sonrisa y algunas migajas de pan en la comisura de los labios. Para su mujer, hay algo encantador en ese desgarbo.

—Alessa me dijo que pocos días antes del secuestro, Paul la había salvado de ser deportada.

—Pensé que Alessandra era residente. ¿Era ilegal? Esto de las redadas se está saliendo de control. Digo, estaba casada con Paul. ¿Cómo iban a deportarla si ya tenía la residencia?

Louise se lo piensa un momento antes de volver a hablar y, tal vez, decir más de lo que debería.

—Creo que tengo que contarte algo. Espero que Alessa no se lo tome a mal. Creo que se desahogó conmigo de muchas cosas. Tantos lastres. Alessa siempre dijo que llegó a los Estados Unidos «legalmente». Cuando llegó al país tenía documentos, sí, pero eran falsos. Aunque cuando se enamoró de Paul, el temor que le provocaban esos documentos, desapareció.

—Bueno, en realidad eso puede ser un problema a futuro, cariño. Es que pueden deportarte por haber utilizado documentos forjados de manera fraudulenta para quedarte en los Estados Unidos, aunque ya seas residente. Si los usaste en algún momento de tu proceso para obtener la residencia, Migración puede revocarte tu estatus y sacarte del país. Después de todo, tu estatus estaría cimentado en mentiras.

—Eso lo supo hace diez años, cuando un agente migratorio llamó a su puerta para decirle que estaba siendo investigada. Ella dijo que era residente legal. Pero el agente le advirtió que tenían información respecto a que había usado documentos falsos para entrar al país y permanecer en él respaldando su estada en una visa de trabajo apócrifa. Que buscara un abogado. Porque si comprobaban lo que tenían, ella iba a tener que empacar sus cosas y separarse de su esposo e hijos —agrega Louise.

El detective lanza uno de los gruñidos que lo caracterizan, esos que son síntoma de su frustración. El caso está ahora más enmarañado que nunca.

—¿Por qué Paul dijo que quería dinero para irse del país con su familia si se tomó la molestia de arreglar el problema migratorio de su mujer? Si pensaba marcharse para siempre con el dinero del secuestro que estaba por perpetrar, ¿qué más daba lo que estaba ocurriendo con Migración?

David sabe que su día acaba de empeorar: no solo tiene que buscar y confrontar a Neil Keir. Ahora también deberá hacer una visita a Alessandra Jones. Hensley ha dejado de creer que Jones fue el único asesino de la niña.

A Jenny la mataron los secretos.

Capítulo 25

El recibidor de Keir Insurance Co. debe ser uno de los más lujosos y modernos que Hensley ha visitado en su vida. Nada que ver con la vetusta recepción de la comisaría, cuya sala de espera tiene las sillas raídas y con la pintura gritando con urgencia que necesita de una segunda o tercera mano.

En el registro de visitantes hay una recepcionista asiática con el cabello cortado con una simetría perfecta y enfundada en un traje sastre que la hace parecer más una espía que una secretaria. En su uniforme lleva una pequeña placa dorada donde se lee «Jenny Hayashi».

—Buenos días, Jenny.

Hayashi levanta la mirada con un desprendimiento total. Parece más un cibernético que un ser humano. Pero cuando sonrío, las cosas cambian. Esta es la auténtica domesticación de una buena capacitación en atención al cliente.

—Muy buenos días, caballero. ¿En qué podemos servirle hoy en Keir Insurance Co.? Si usted es uno de nuestros afiliados, por favor pase a su lado izquierdo y tome una ficha para ser atendido en nuestras ventanillas de «Soluciones».

Automáticamente, David sigue con la mirada la mano de la señorita Hayashi, que señala hacia una sala comodísima que antecede a una decena de ventanillas de servicio. Hensley espabila y vuelve a lo suyo.

—No, no soy afiliado. Vengo a ver al señor Keir.

—¿Tiene usted una cita?

—No.

Jenny observa a David con cierta simpatía que se funde con de condescendencia. En su mirada están grabadas las palabras «no puedo ayudarte».

—Lo siento, señor. El señor Keir solo recibe visitantes con registro en su agenda.

—Lo entiendo. Pero fue la hija del señor Keir, Brenda, quien me pidió que viniese a verlo. Parece que tiene que entregarle algo. Soy su mensajero.

El semblante de Jenny cambia, pero la sonrisa no desaparece. La memoria muscular de su rostro no le permitiría deshacerse de la sonrisa mientras interactúa con un visitante.

—Permítame un segundo.

Efectivamente, no pasa mucho antes de que Hensley reciba una respuesta.

—El señor Keir no está en su oficina —dice la recepcionista; Hensley no se sorprende, ya se lo esperaba. Era obvio que iba a negarse. Él quería hablar con su hija, no con un emisario—. Pero me dice su secretaria que sí tiene el paquete para la señorita Brenda. Solo que el jefe fue muy estricto al pedirle que no lo entregase a nadie que no fuese ella, si es que pasaba por aquí.

—La señorita Keir amaneció con un catarro terrible.

Hayashi pasa el comentario completamente de largo.

—Que tenga buen día, gracias por su visita a Keir Insurance Co.

Hensley se retira con su mejor cara de agradecimiento, la cual suele ser malinterpretada como una confrontación. Quién sabe por qué será. Saca su móvil de la gabardina y envía un mensaje a Lonsdale: «Dile a Brenda que se prepare. Vamos a llevarla al Disneylandia de las aseguradoras».

* * *

Alessa Jones se mira de forma discreta en el reflejo de un plato que acaba de terminar de lavar. La vista es fantasmal, como un desdibujo de su reflejo. Se pregunta si en algún momento deberá dejar de ser la señora Jones para volver a ser Alessandra Costa. Junto con ella está David Hensley, ayudándole a secar la loza.

—Fue un lindo detalle de tu esposa pasarse por aquí el otro día.

—Así es ella.

—¿Sabes que hacíamos las compras en el mismo mercado? Siempre que me veía, me saludaba bien. En diez años, nadie me ha saludado bien. Solo quienes no saben quién soy, claro. La esposa del homicida. Para los vecinos, los «amigos», es como si yo misma hubiese ahogado a la criatura.

—¿Y los niños?

—Niños ya no son. Uno está en Emerson College y el otro por iniciar clases en la Escuela de Leyes de Vermont. Recién volaron del nido. Vinieron, eso sí, al remedo de funeral que organicé para su padre. Nadie quiere enterrar a un asesino de niñas. Ha sido un infierno, David.

El detective asiente.

—Veo que decidiste quedarte con la caja de Pauly —dice Hensley señalando las cosas que hay sobre una silla para niños arrinconada que hace años que no se usa.

—Le pedí a tu mujer que las tirara en cualquier parte. Pero después de platicar con Louise le dije que me las dejara. Que ya las tiraría yo misma. Es un trabajo que tengo que hacer, ¿sabes? Desprender. Quiero desprenderme del pasado tan pronto como sea posible.

—Hay algo que quiero preguntarte, Alessa. Solo no te enojas con Louise. Me ha contado algunas cosas.

—Contaba con que te las contara, David. No soy tonta. Puedo ver que ustedes son la clase de parejas que no tienen secretos. Y sabía que si te contaba algo, cualquier cosa, vendrías. Porque quería hablar contigo —dice la señora Jones cerrando el grifo.

Y Hensley que había pensado que hoy sería un día perdido.

Capítulo 26

Lo que los Hamptons son para Nueva York, es Bethany Beach para Bar Harbor. La casa de playa de los Keir es el opuesto de la moneda de su casa citadina. Si su residencia metropolitana es geométrica y minimalista, la casa junto al mar era una suerte de *cottage* cálido y acogedor que se eleva sobre un césped verde profundo que, varios metros más allá, termina por deslavarse hasta fundirse con la arena, que a su vez se funde con un mar apacible, que también es el reflejo negativo de las turbulentas aguas del río St. Marcus en esta época del año. Es cierto que en todo el estado es temporada de lluvias, pero será quizá por la geografía que ahí solo llegaban lloviznas suaves. Incluso las tormentas más poderosas tratan a Bethany Beach como lo hace una palma que acaricia la mejilla de un bebé.

A Neil Keir le encanta la casa de playa. A Karen le gusta el estatus que le otorga ser la dueña de una casa como esa. Lo único que Neil resiente es la terrible señal de datos que hay en la bahía. En la casa no hay red inalámbrica porque, a decir de Karen, esa es una cabaña de descanso, no una oficina con vista al mar. Y justo acaban de llegar a su pequeño paraíso. Neil se dispone a bajar del coche las bolsas de viaje.

—¿Qué haces? —pregunta Karen, inquisitiva.

—Intento agarrar un poco de Internet.

—No me lo puedo creer.

—Necesito pedirle a mi secretaria que se haga cargo de todo y que me cancele las citas de la semana —responde Neil con vehemencia. En su lista de contactos, selecciona a Brenda. Trata de enviarle un mensaje, pero con cada intento recibe la misma respuesta:

«El dispositivo no encuentra una conexión de datos. Reinténtelo más tarde».

* * *

La sala de juntas de Keir Insurance Co. solo tiene una pared de concreto. El resto es de puro cristal, lo que hace que Hensley se sienta en una pecera enorme. Lo que sí es imponente es la vista de la ciudad. Puede ser la tela arbolada que dibujan los encinos en el bosque o, del otro lado y muy a la distancia, una tenue línea azul, marítima.

La secretaria recién acaba de salir de la sala para darles algo de privacidad. Para David, ese concepto es relativo, considerando que todos en ese piso podrían verlos tras esos muros de cristal, si se lo propusiesen. Por supuesto, nadie les presta atención. Todos están en sus cubículos y escritorios, en lo suyo, trabajando para los Keir e inflando su fortuna, una póliza a la vez.

Brenda tiene en sus manos un sobre que le dejó su padre. Sin nota o indicación alguna. Solo un triste y corriente sobre manila. Bracken lo abre y vacía el contenido en la mesa imperial que traza una línea en el centro de la sala de juntas y que incluso parece alinearse con el horizonte. Del interior caen una memoria micro SD y una llave con un pintoresco llavero de pelicano. Sin mediar palabra, David toma la memoria y se dispone a meterla en la ranura de su teléfono, el cual

comienza a desarmar con la ayuda de las llaves de su coche.

—Este hombre sabe lo que hace —dice Sally con sarcasmo en cada sílaba.

—Claro que sé lo que hago. ¿Recuerdas cuando rompí el móvil anterior? Yo mismo eché a andar el nuevo. No iba a pagarle diez morlacos al empleadillo de la tienda de tecnología. Dicen que hay que tratar estos aparatos con delicadeza, pero no. Hay que darles duro.

La atención de Brenda, sin embargo, se ha clavado en la llave. Lonsdale lo nota. David sigue en lo suyo.

—¿Sabes qué es lo que abre?

Brenda se levanta e intenta con los cajones del único archivero que hay en la sala de juntas, pero la llave es demasiado grande. No es la llave de un archivo, sino tal vez de un armario o algo más grande. Pero no lleva ninguna etiqueta o inscripción.

David ha hecho su trabajo. Ha instalado la nueva memoria y se ha echado la tarjeta en el bolsillo de la camisa. Más vale no perderla, tiene toda la música que le gusta y algunas buenas fotos de la Barbacoa de Rul, en la esquina de la Tercera y Rochester. Lo cierto es que el detective se siente como un auténtico *hacker* en ese momento. ¿Por qué tanta alharaca con los ciberpiratas, si lo que hacen es tan sencillo?

—¿Dónde puedo ver la información? Se abre una ventana automáticamente —pregunta Hensley, desconcertado.

Sally le arrebató el aparato y da clic en el administrador de archivos.

—¿Qué es? —pregunta Brenda, empuñando la llave.

—Son... —Sally intenta entender lo que está leyendo.

—¡Mujer! ¡Habla! —gruñe Hensley.

—¿Alguna idea de por qué tu padre te dejaría copias digitales de las pólizas de seguro de la familia?

—¿Qué?

—Sí, mira. Esta es tu póliza de seguro —señala Lonsdale. Brenda y David se asoman a la pantalla—. En todo caso, lo que me llama la atención es que estás asegurada por una cantidad exorbitante. Mira nada más. Es una cifra obscena.

Los ojos de David se desorbitan. No logra disimularlo. En el seguro de vida de Brenda hay por lo menos siete ceros. Brenda también parece abochornada. No tenía idea que estuviera asegurada por una cantidad así. Ciertamente, sabía que su padre tenía un seguro propio, para su madre, para ella... Pero imaginaba algo más convencional: gastos médicos mayores, auto, siniestros domésticos.

—Pues si te mueres, tus padres reciben un arca del tesoro —apunta Sally— porque ellos son tus únicos beneficiarios. Aunque, debo admitirlo, funciona en ambos sentidos. El seguro de cada uno de tus padres parece un espejo del tuyo, solo que si alguno de ellos falta, tu cuenta de banco es la que se hincharía.

—No tenía idea de nada de esto.

David le arrebató el móvil a Sally. Ella ni se inmuta, está acostumbrada a los desplantes de Hensley cuando su humor se enturbia. Esto sucede en los momentos en que algo parece fuera de lugar. Así que si David se ha enfurruñado, es que está por hacer la pregunta correcta. Ha entrado en modo sabueso.

—¿Este es el secreto que carcomía a tu padre? ¿Se moría por decirte: «cuando te haga falta, te ahogará en dólares»? —murmura el detective.

—Esto ni siquiera tendría que ser un secreto, ¿no? —reflexiona Brenda—. Lo natural sería

que estuviese enterada de algo como esto.

—Por los mil demonios —espeta David. Se pone de pie y da algunas vueltas sobre sí mismo. Brenda y Sally lo miran, consternadas.

—¿Qué sucede, Hensley? —pregunta Sally.

—Aquí también está el seguro de vida de Jenny. Y, bueno, es una copia de los otros seguros familiares.

Brenda cierra los ojos y se cubre la boca con la mano en la que lleva empuñada la llave.

—¿Sabías que tus padres recibieron ochenta millones de dólares cuando Jenny murió? —pregunta David, aunque, a juzgar por la reacción de la periodista, cree conocer de antemano la respuesta.

Capítulo 27

El murmullo de una canción de Petula Clark hace que Brenda abra los párpados. Apenas si dormitaba. Ya ha amanecido. Tiene los ojos hinchados. Lloró toda la noche. Y no pudo dormir porque no podía dejar de pensar. El recuerdo de la muerte de Jenny, de su funeral. Sus padres hundidos en un llanto tan atroz. Un dolor genuino. Ese es el peor tipo de sufrimiento porque no solo taladra el alma, se siente en los huesos.

Un dolor de ochenta millones.

El colchón es viejo y duro en la recámara principal de la pequeña casa de seguridad, que en realidad es un apartamento en un multifamiliar, gris y tranquilo, con una piscina seca que ya no se usa, cubierta por un tablón ennegrecido. Brenda se estira para tomar su celular y saber qué hora es. La cortina le deja ver que el sol ya ha salido completamente. Después de tantear la mesita, Bracken recuerda que David le confiscó el aparato. «Por seguridad», le dijo.

Brenda se levanta. Lleva puesta la misma ropa del día anterior. Sale del cuarto y, al otro lado del pasillo, más allá del baño y el recibidor puede ver a David Hensley en la cocina, picando fruta en un plato. David se da cuenta de su presencia y saluda.

—El desayuno está servido.

Se acerca y se sienta en la mesa desnuda. Es que ni un mantel tiene. Jala el plato, recoge un trozo de manzana que mastica sin ganas.

—Necesito mi celular, detective.

—Negativo.

—Tengo que llamar a mi padre.

—No puedo darte tu celular. No puedo arriesgarme a que le llames o escribas a alguien y le digas tu ubicación. Todavía estás en peligro. ¿O ya olvidaste todo lo que ha ocurrido esta semana?

David se sienta junto a ella con dos tazas de café humeantes. Brenda le acepta una, toma un sorbo. Es un café instantáneo terrible. En otras circunstancias lo habría escupido y tirado por el desagüe. Pero, dadas las circunstancias, ese café le sienta bien. Necesita continuar despierta.

—Hay una charla que tenemos pendiente tú y yo.

—¿Ah sí? —responde Brenda con desánimo. No se siente con ganas de hablar.

—En algún momento me comentaste que sentías una culpa terrible. Que tú habías sido responsable de la muerte de Jenny. ¿Por qué?

Brenda asiente, resignada. Sabe que esa plática en particular se tiene que llevar a cabo.

—Porque así fue, detective. Espero que tenga tiempo, porque esto puede demorar un rato.

Capítulo 28

—Papá, ¿vas a llevarnos?

Silencio.

—Papá, ¡por favor!

La frente de Neil Keir se ha marcado por los surcos indelebles que le ha dejado su ceño fruncido. Los últimos meses han sido difíciles, por decir lo menos. Neil está hundido en un mar de informes y papeles en el escritorio de su despacho doméstico. Tiene las cortinas abiertas y por el ventanal puede verse la infinita fila de encinos que abre la arboleda. Cuando Neil compró esa casa, lo hizo porque imaginó que el bosque de los encinos se convertiría en su patio trasero. El más bello de los patios traseros.

Frente a Neil están Jenny y Brenda, sus hijas, tratando de llamar la atención de su padre. Jenny es todavía una niña; Brenda, claramente una adolescente. Sin embargo, la diferencia de edad en estas medias hermanas no ha mermado la relación. En todo caso, la ha vuelto más fuerte. En esa relación, Brenda es la protectora; y Jenny, la sanadora.

—Anda, papá. Llévanos al río. Lo prometiste —suplica Jenny.

Neil se lleva la mano al rostro y se talla la frente con una desesperación contenida.

—¡Karen! —grita Neil. Su bramido inquieta a las niñas.

Karen Keir, impecable como siempre, entra al despacho de su marido.

—¿Ahora qué pasó?

—Llévate a las niñas de aquí, por favor, estoy muy ocupado. Y ponme a Abe López en la línea.

—No soy tu secretaria, Neil. Márcale tú mismo, tienes el teléfono más cerca que yo —replica su esposa con contundencia—. Vengan, niñas, salgan a jugar.

* * *

—¿Escuchas eso? —le pregunta Jenny a Brenda, quien aguza el oído. Ambas se quedan de pie muy quiétabas.

—Lo escucho.

—Me gusta esta parte del bosque porque, si pones mucha atención, alcanzas a escuchar el río, pero no lo ves.

—Nunca quiero dejar de vivir aquí, Jenny.

—¡Yo tampoco! Si sales por la puerta de atrás de la casa y caminas y caminas y caminas... llegas al bosque... Y caminas y caminas y caminas... llegas al río. Pero si sales por la puerta de enfrente...

—Y caminas y caminas y caminas...

—¡Llegas a la ciudad!

—No lo había pensado de esa forma, chiquilla.

—Es que yo soy más inteligente, Bren.

Jenny y Brenda caminan por el bosque. Brenda se detiene un instante y mira hacia atrás. Puede ver todavía la casa. Imagina a su padre hundido en el trabajo, iracundo. Pobre. Usualmente no es así. Lo reconoce como un hombre bueno. Tan bueno que la abrazó como a una hija propia a pesar de no ser su padre biológico. Él es la última persona en el mundo que haría algo para lastimar a alguien. Al contrario, las protege. ¿No es el dueño de una compañía que cuida las casas, los autos y las familias de la gente? Por eso ella se ve como una protectora. Y, al crecer, quiere convertirse en una protectora intachable.

—Oye, Jenny...

—¿Qué pasa?

—Ayer en la escuela tuvimos una charla.

—¿De qué?

—De la universidad.

La niña abre la boca en franco asombro.

—Yo voy a ser doctora. O veterinaria. No lo sé.

—Te veo más como una psicoanalista —dice la mayor.

Jenny no ha entendido muy bien lo que Brenda ha querido decir, pero no importa.

—En un par de años quizá me tendré que ir, ¿sabes?

—¿A la universidad, Bren?

—Sí.

—No me importa, yo me voy a ir contigo.

Brenda rompe en carcajadas. Jenny no entiende qué es lo gracioso de su comentario, pero se ríe también. No hay nada como reírse junto con su hermana.

* * *

Neil se estira para tomar el teléfono. Necesita llamar a Abe López, el abogado de la compañía. Otra vez. Ya no está seguro cuántas veces lo ha llamado hoy, en domingo. Le apena terriblemente, pero a veces los negocios son así. Neil levanta el auricular y, justo cuando va a marcar, escucha la voz de Karen del otro lado del teléfono. Está ocupando la línea. Puede escucharla con claridad.

—Tiene que ser ahora. Si no, ¿para qué te pago! Y todo bien, ¿eh? Como quedamos...

Neil cuelga. No necesita escuchar más. Karen es guapísima y muy avezada, pero nunca ha tenido escrúpulos para llamar a los empleados en su día de descanso y exigirles cosas cuando no es pertinente.

Y Neil se da cuenta de lo que está haciendo. Puede que el estrés lo esté carcomiendo, pero no llamará a López otra vez el día de hoy. Basta. Cualquier cosa urgente que estuviera sucediendo en la oficina, podía esperar hasta el lunes. Qué lástima que le tomó hasta ahora darse cuenta, porque podría haber cogido la camioneta y llevarse a las niñas a la vera del río, a su lugar de siempre, donde él escucha la música que le gusta y ellas chapotean hasta cansarse. ¿Cuántos años más le quedarán de eso? No muchos. Seguro que Brenda pronto se iría a la universidad. Probablemente estudie Filosofía o algo por el estilo. Lo cierto era que él las necesitaba a ellas más que ellas a él. Puede parecer lo contrario, pero ya se han ido al bosque solas. Él mismo se lo buscó.

¿Y si compra una casa en la playa? No suena como una mala idea. Neil sabe que así tendrá un pretexto más férreo para alejarse de Bar Harbor y encapsularse en una realidad donde podrá disfrutar a sus hijas antes de que le digan adiós.

* * *

—No puedo creer que caminamos hasta el río —dice Brenda, exhausta.

—Yo sí.

Jenny camina cuesta arriba de regreso a casa. La pendiente no es en realidad tan empinada, pero entre los árboles, las rocas y la irregularidad del terreno, se vuelve una caminata demandante. El ruido del viento entre las ramas y el canto de las aves se mezcla con el rumor próximo de los pocos autos que, de cuando en cuando, pasan por un pequeño camino cercano.

—¿Sabes qué?, regresemos por la vereda.

—¡Pero es más largo! —reclama Jenny.

—Sí, pero es menos cansado. Solo nos abriremos unos quince minutos más. Pero llegaremos a casa con algo de aliento.

Jenny prefiere el camino entre los árboles, pero sabe que su hermana no tiene la mejor condición física. La corredora era ella. Así que accede a seguir la ruta de Brenda. Lo cierto es que ese camino también tiene sus bondades y su belleza particular. Algunos de los encinos son tan grandes y vigorosos que sus ramas alcanzan enredarse con la de los árboles al otro lado del camino, creando por tramos una especie de túnel natural. El único problema ocurre cuando los autos se encuentran de frente, porque no cabe más de un vehículo a la vez. Había que tener pericia para el volante, para maniobrar por esa ruta tan bonita pero impráctica.

Brenda y Jenny llegan al antiguo puesto de vigilancia que hay a la vera del camino. Está abandonado desde hace años. La pluma está levantada y oxidada. Algunas ardillas han anidado en las gavetas de la cabina del celador. Neil les contó a las niñas que, en el pasado, durante el tiempo que la vieja represa estuvo activa, ese era uno de los tres puntos de acceso de los trabajadores del mastodonte. Al otro lado del camino hay una bodega donde se guardaban materiales de construcción. Incluso hay todavía algunos bloques de concreto apilados en diagonal, probablemente tengan ahí décadas.

Jenny mira hacia atrás, un auto asciende en su dirección.

—¡Gané! —grita Jenny emocionada. Al tomar el camino, le dijo a su hermana que hasta llegar a la cima del camino e internarse en la vereda que las llevaría a casa, se encontrarían solamente tres coches. Brenda apostó por cien. Así que había perdido y tendrá que jugar videojuegos un rato con ella antes de dormir.

—No sé cómo lo haces.

Brenda se da cuenta de que el automóvil se acerca a gran velocidad, levantando el polvo del camino rústico. Toma a Jenny y la hace un lado de la vía. Mejor esperar a que el vehículo pase de largo. Pero este no lo hace. Al llegar a donde están las niñas, el chofer frena en seco y se apea con determinación, no sin antes jalar de la perilla que destraba la cajuela. El sujeto deja la puerta del auto abierta y el motor en marcha. Entre el polvo que ha levantado, se acerca a ellas. Jenny está contrariada, se aferra con fuerza a Brenda, que intenta correr con la chiquilla atada a su pierna como un lastre. Entonces, la levanta y se la echa en la espalda, como cuando juegan al caballito en la piscina. Pero es muy pesada y el sujeto es grande y ágil. Rápidamente les da alcance y jala a Jenny del hombro, arrebátandose a Brenda con facilidad y haciéndola caer.

Brenda se reincorpora. Ve al sujeto avanzar hacia el auto, luchando contra Jenny, que lanza patadas y arañazos. No hay más que la pequeña pueda hacer, salvo retorcerse entre los brazos de su captor. Eso es suficiente para entorpecer su huida lo suficiente. Brenda lo ataca por detrás con un tablón que encuentra en la cabina abandonada. El tipo cae sobre sí mismo, soltando a Jenny.

—¡Corre! —grita Brenda.

La niña se echa a correr hacia los árboles. Brenda hace lo mismo, en dirección opuesta, hacia la bodega. Solo piensa en esconderse. Se busca el móvil en la sudadera para marcarles a sus padres. Ahí siente un jalón en la coleta.

—Por favor, quédate quieta —dice una voz gruesa.

El hombre está sobre ella. La amordaza y le arranca el celular de las manos. Lo arroja tan lejos como puede, que es bastante. La levanta, aprentándola con tanta fuerza que Brenda siente que se va a desmayar. El sujeto se las arregla para llevarla hasta el maletero. La arroja dentro y cierra con un fuerte golpe. Escucha los pasos alejarse con prisa. Pero el auto no avanza. El motor aun ruge, pero no hay movimiento. Ha ido a perseguir a Jenny a los árboles. Brenda se arranca la mordaza mal atada y lanza un sonoro grito, tan fuerte que siente cómo le rasga la garganta. Nadie la escucha. Comienza a patear y golpear el interior. A tantear en la oscuridad. Brenda está desesperada, las rodillas y puños se le magullan con cada impacto que da, pero la cajuela no cede. Sin embargo, el asiento lo hace. Brenda se da cuenta de que los asientos traseros se pliegan para dar acceso al maletero desde dentro del vehículo. Solo le toma tres o cuatro patadas hacerlo ceder lo suficiente como para sacar su menudo cuerpo de ese encierro.

Brenda no puede dejar de llorar. Al fin sale del coche. Mira con temor a su alrededor, no hay nadie. Cree escuchar los gritos de Jenny en la lejanía, pidiendo auxilio. Casi mecánicamente, Brenda regresa al auto. Se sienta en el asiento del conductor y aprieta el acelerador.

Avanza a toda velocidad por la ruta sin asfalto. Sus ojos no pueden dejar de llorar. Respira tan rápido que está por atragantarse. Las venas de su frente parecen a punto de explotar. Pero ella no mira atrás. Necesita llegar a casa. Pedir ayuda.

Y así es como avanza, dejando atrás a su atacante, pero también a su hermana.

Capítulo 29

—Sabes bien que tú no tuviste la culpa —dice Hensley.

—Debí haber bajado por Jenny. No debí dejarla atrás.

—Fuiste por ayuda, fue lo correcto dada la situación.

—Y de nada sirvió. Tal vez si nos hubiese llevado a ambas, tal vez esta sería otra historia.

—Debes dejar de culparte.

—Nunca, David. Nunca.

—El atacante, ¿podría haber sido Pauly?

—Sí. Quiero decir. La altura, su constitución. Sí, podría haber sido él. Fue él. Por más que he tratado de hacer memoria de algo en particular, mi memoria está bloqueada. Recuerdo la sudadera con capucha, el pantalón deportivo, el pañuelo cubriéndole el rostro. Los ojos pintados de negro. Como la versión fornida del tipo que nos atacó en el ascensor a Bruno y a mí.

—Y estaba solo.

—Él nos secuestró.

—Pero en su nota de suicidio decía que «alguien más tiene que pagar por su parte de culpa ahora». ¿Podría ser que él no la mató? La teoría del cómplice —medita Hensley todavía sentado a la mesa. Él ya se ha terminado su taza de café. Pero la de Brenda sigue casi intacta, solo que ya se ha enfriado. Tampoco le ha hecho mucho caso a la fruta.

La chica está inmóvil y con los ojos vidriosos. No ha llorado, pero el recuerdo es demasiado doloroso. Para ella, el «hubiera» existe y la carcome. Ahora más que nunca, quiere justicia para su hermana. Que pague quien tenga que pagar. Con Paul no basta para cubrir el saldo.

—David, de verdad quiero hablar con mi papá. Quiero entender. La cabeza me da vueltas y piensa las cosas más locas, las más atroces. Dime dónde está mi teléfono.

—No lo tengo conmigo.

Una campanilla suena. Es un mensaje entrante. David saca automáticamente su móvil, pero no tiene ningún nuevo mensaje de texto.

—No fue tu aparato el que sonó, David. Esa campanilla es el tono de mensajes de «mi» móvil, no del tuyo.

Hensley ha caído. Se saca el celular de uno de los bolsillos de la gabardina. En la pantalla principal puede ver el aviso del nuevo mensaje. Su papá es el remitente. En la vista previa alcanza a leer las primeras palabras: «Pasa por la oficina si no lo has hecho». David pone el aparato sobre la mesa para que Brenda pueda ver el mensaje.

—Lee, pero no respondas. Ni le marques.

—No hay más, solo dice eso —afirma Brenda tras desbloquear el aparato y leer el mensaje en la bandeja de entrada.

—Sally está investigando qué pasó con el dinero de la póliza de tu hermana. Es decir, si ese dinero se cobró. Sabes que tendríamos que investigar esa línea, ¿cierto? Y entiendes sus implicaciones.

Brenda asiente.

—Por eso tengo que hablar con mi papá.

David pasa por alto el comentario. No va a volver a tener esa discusión con ella.

—Nos queda el misterio de la llave.

—No tengo idea —dice Brenda mientras pone la llave sobre la mesa.

David se le queda viendo al pelícano con atención. Le suena de algo.

—No es la llave, Brenda. Es el llavero.

—Es el pelícano.

—Bethany Beach.

David se levanta de un salto y se embolsa de nuevo el móvil de la chica.

—Tengo que ir contigo.

—No.

—En Bethany hay miles de casas de gente rica, no solo de Bar Harbor, sino de todo el país.

—Por eso soy de la Policía, Brenda. Voy a investigar la dirección de la casa de tus padres. O puedes decírmela tú.

Ella niega con la cabeza.

—Eso es obstrucción, niña —dice Hensley, amenazante.

—¿Cuánto te tomará investigar la dirección, David? ¿Un par de horas? Ojalá que para cuando llegues mi padre todavía esté ahí. Recuerda que la última vez no lo alcanzamos por un pelo.

Hensley pone los ojos en blanco. No puede creer que va a ceder, una vez más.

—Cámbiate rápido. Ni se te ocurra meterte a bañar. Nos vamos de viaje a Bethany Beach, pero no empaques tu traje de baño.

* * *

La llave se desliza con suavidad. Solo hace falta un giro para que la puerta se abra. Brenda Bracken y David Hensley entran a la residencia de playa de los Keir. Hensley ha conducido como un demonio y llegar les ha tomado poco más de la mitad de tiempo del que normalmente lleva. La casa está limpia. Es espaciosa, cálida; sus muros son de colores suaves y la decoración parece calcada de una revista de arquitectura americana.

El lugar está en completo silencio. No parece haber nadie, lo que es extraño porque el descapotable de Neil está estacionado justo afuera.

—¿Papá?

Hensley tiene un mal presentimiento. Echa la mano sobre el revólver en su cadera, solo como precaución. Puede que no sea capaz de disparar un arma, pero es increíblemente rápido para desfundar, y eso le ha sido útil en más de una ocasión. Si no puede usar el arma para disparar, al menos lo hace para acobardar a los criminales más impresionables.

Brenda y David intercambian miradas. ¿Llegaron tarde otra vez?

Un grito corto y agudo los hace saltar. A sus espaldas descubren a Karen Keir, ataviada con una bata de baño, una toalla en la cabeza y sin una gota de maquillaje. Es evidente que no lo necesita.

—¡Me han dado un susto de muerte! —exclama con la mano sobre el pecho.

—Lo siento, mamá.

—¿Qué haces aquí, cariño?

—Estoy buscando a papá.

—P-pero... ¿por qué?

Es evidente que Karen no se explica la presencia de su hija ni la de su acompañante. El «colega» que, ella ya lo sabe, en realidad es un policía. Brenda se acerca a su madre.

—Solo sé que quiere contarme algo. Me dejó plantada la otra noche que lo fui a buscar a casa, ¿recuerdas? No sé qué pasó, pero creo que quería que me encontrara con él aquí. ¿Dónde está?

Karen mira a su alrededor, no sabe qué responder.

—Brenda, por aquí. ¿Es ese tu papá?

David Hensley está parado en la puerta que da al porche trasero. Justo en el punto donde la hiedra va cediendo su lugar a la arena hay una banca. Debe ser un lugar hermoso para ver el atardecer, que acaba de empezar a trazarse en el horizonte lejano. Ahí pueden ver a Neil, mirando hacia el mar como quien espera el ocaso para despedirse del día.

Brenda sale a toda prisa. Su madre estira la mano para asirla del brazo, pero apenas si logra rozarla. David la sigue de muy cerca.

—¡Papá! Al fin, he estado intentando localizarte. Tenemos que h...

Brenda se detiene cuando al fin alcanza a su padre y se encuentra con su mirada vacía. La camisa azul cielo de Neil está teñida de rojo a la altura del estómago. Tiene un cuchillo de cocina clavado en el vientre. Sostiene el mango con ambas manos. Se ha desangrado por completo. Está muerto.

Brenda ahoga un grito. David Hensley la aleja con suavidad, pero también con determinación. La abundante sangre ya ha entintado la arena. El detective toma su teléfono. No tardan mucho en contestarle.

—Sally, tengo el cadáver de Neil Keir. Necesito que contactes a las autoridades de Bethany Beach y que vengas para acá de inmediato.

—Santo Dios —dice Sally al teléfono—, ya voy a medio camino, David.

—¿Vienes para acá?

—Traté de localizarte y no entraban las llamadas. Así que marqué a tu casa. Tu mujer me dijo que ibas para Bethany Beach, que no te esperará para cenar. De nuevo.

—Creo que Neil Keir se suicidó, Sally.

—Y yo tengo que encontrarme contigo. Y con Brenda. Supongo que la llevaste. Descubrí algo.

David voltea a ver a Bracken. Se ha desmoronado. Está de rodillas sobre la arena, llorando. Inconsolable.

—Me temo que, de momento, tendrá que esperar. Aquí te veo.

Desde el porche trasero, Karen le grita a su hija:

—¡Brenda! ¿Qué sucede? ¡Brenda!

La señora Keir por fin comienza a caminar hacia ellos. David le pide que espere, pero hace oídos sordos. Al descubrir el cuerpo de su marido, arroja el grito que Brenda no pudo lanzar. Entonces reacciona y abraza a su madre contra su pecho.

—Debemos volver a la casa —dice Hensley con el arma en la mano y examinando el perímetro—. La detective Lonsdale viene en camino y está contactando a las autoridades locales en este momento.

Brenda se sacude el impacto, pero no el dolor. Ese lo trae bien tatuado al corazón. Juntos llevan a la señora Keir hasta la casa. Hensley entra y examina el lugar. No hay nadie además de ellos tres. La señora Keir toma asiento en un mullido sillón de la sala. Está perdida. Y Brenda también. Pero David la necesita ahora con él. Entiende su dolor, aunque era momento de atar cabos. Todo los ha traído hasta donde estaban.

—Brenda, vamos a irnos de aquí, ¿entiendes? Voy a llevarlas a ti y a tu madre a la casa de seguridad en Bar Harbor. Se acabaron las excursiones.

La atención de la periodista es errática. Mira a su madre, mira la casa. Voltea y mira el cuerpo de su padre sentado en la playa. David tiene que tomarla por las mejillas y atraer así sus ojos para asegurarse que tiene toda su atención.

—¿Escuchaste lo que te dije?

La periodista asiente. En la lejanía comienza a oírse el agudo chillido de una sirena.

—Ve por ropa para tu mamá. Tenemos que estar listos cuando llegue la p...

En un segundo, todo se vuelve negro para David Hensley. Su cuerpo se apaga. Todo se convierte en un silencio profundo donde no hay lágrimas, no hay sirenas y no hay una Brenda a la cual proteger.

Capítulo 30

Como la imagen de una película que se disuelve desde la negrura de la pantalla, así regresa David Hensley al mundo de los vivos. Lo primero que ve es el rostro de Sally Lonsdale, desencajado, diciéndole algo que no alcanza a decodificar. Ve que los labios de Sally se mueven, pero sus palabras son solo ruido. También puede ver una lucecilla estroboscópica que viene y va. Tras unos instantes descubre que se trata de un paramédico.

—David, ¿estás bien?

Hensley lanza un gruñido. Eso es suficiente para que Lonsdale se sienta en paz.

—Tienes que entender, David, que tú y yo hemos llegado a un punto en nuestra relación laboral en el cual estoy a solo un paso de cansarme de estar salvándote el trasero.

David intenta reír, pero no puede. Le duele la cabeza.

—Te dieron tremendo golpe, así que tranquilo —dice Sally.

El golpe. Eso hace reaccionar a Hensley, quien intenta levantarse de un tirón, pero el esfuerzo resulta contraproducente.

—¿Brenda? ¿Su madre? ¿Dónde están? —pregunta David con una preocupación notoria.

—Cuando llegué solo estaba una patrulla local y la ambulancia. Unos instantes después llegó el forense. Solo te encontramos a ti tendido en la alfombra y el cuerpo de Neil Keir.

—Diablos.

Una bolsa negra, tendida en una camilla, pasa justo al lado de ellos. El cuerpo está por ser trasladado a la morgue.

—¿Entiendes que el asesinato ocurrió aquí en Bethany Beach y que no tenemos jurisdicción? No nos lo podremos llevar a Bar Harbor. No por ahora.

Hensley niega con la cabeza. Todo está saliendo mal y esa debía ser una visita conclusiva para el caso de Jenny Keir.

—Sin embargo —añade Lonsdale—, he hablado ya con las autoridades locales. Este tipo de casos no ocurren mucho en Bethany. La oficina del alguacil no está preparada para esto. Así que permitirán que nuestro forense venga a echarles una mano. Han aceptado que nos mantenga al tanto de todo. Markesan viene en camino.

—Bien —responde Hensley mientras hace un gesto para que Lonsdale le ayude a levantarse—. Tenemos que irnos.

—Pero... ¿a dónde?

David otea a su alrededor.

—¿Y el descapotable de Neil Keir?

Sally parece no entender la pregunta.

—David, cuando llegamos aquí solo estaba tu auto aparcado enfrente.

—Entonces vamos para Bar Harbor.

—¿Seguro? —dice Sally, dubitativa. Solo quiere estar segura de que su compañero no está tomando decisiones motivado por la contusión que tiene en la cabeza.

Hensley ya va camino a su vehículo. Le arroja las llaves a su compañera. La cabeza lo está matando.

—En esta ocasión conduces tú. Pero tendrás que hacerlo con el acelerador a fondo. Es mejor que pongas la sirena. Y aprovecha el par de horas que me tendrás como público cautivo para explicarme lo que era urgente decirme, que yo también tengo un par de cosas que compartirme.

—Hensley cediendo su auto y tratando de establecer una comunicación en dos sentidos. Sí que te dieron duro, colega.

Capítulo 31

Bracken intenta procesar lo que está sucediendo. Lo recapitula todo. Primero, lo ocurrido en los últimos días. Después, lo de los últimos diez años. Tantos secretos. Va al volante del descapotable clásico de su padre. Pensar que muchas veces le rogó para que le permitiera conducirlo. Hoy al fin lo está haciendo. Pero la experiencia no ha resultado como la imaginó.

En el asiento del copiloto está su madre, Karen Keir. Apenas si ha alcanzado a ponerse un conjunto deportivo y unos tenis manchados de lodo antes de salir huyendo de la casa de Bethany Beach. Esa debe ser la primera vez en su vida que Brenda ve a su madre vistiendo algo sucio.

A simple vista parecen una madre y su hija conduciendo por carretera. Pero a la altura de su regazo, Karen sostiene un revólver con el que está apuntando a las costillas de Brenda. El mismo revólver con el que golpeó a Hensley. Y por segunda vez. Ya antes le había magullado la mejilla en la estación de radio.

—Esto es una locura, mamá.

—Sabía que no comprenderías. Por eso no se lo dije a tu padre.

Brenda no quiere decirlo. Pero callarlo no dejará que deje de ser cierto.

—Tú mataste a Jenny. A mi hermana. A tu propia hija.

El rostro de Karen se desfigura. No puede creer lo que su hija está diciendo.

—Amor, ¿no escuchaste nada de lo que te dije?

—Lo escuché todo. ¡Tantos años sintiéndome culpable! Sintiendo que la abandoné y... ¡tú!

—No, yo no. ¡Jamás! ¿Cómo podría matar a mi propia hija?

Brenda mira de reojo el revólver que trae clavado en el costado.

—Paul Jones —dice Karen—. Él mató a Jenny.

—¡Porque tú le pediste que la secuestrara!

—¿Ves? Que la secuestrara, solo por unos días. No que la matara, cielo. ¿Tú crees que no me duele en el alma lo que pasó? ¿Que el recuerdo de mi pequeña no me atormenta? Solo de pensar que no pudo... vivir. El corazón se me estruja.

—¿Cómo puedes...? No te creo.

En la mirada de Karen hay indignación, pero es un sentimiento que sabe que debe domar. Ya sabía que su hija no comprendería.

Los hijos no entienden nunca las decisiones de los padres.

* * *

—Estuve revisando cuidadosamente las pólizas de los Keir. Leyendo cada cláusula, deteniéndome en cada detalle —comenta Sally al volante del SUV de Hensley.

—¿Puedes acelerar un poco más?

—Ya vamos por encima del límite.

—Pero también traemos una sirena encendida. Y el ruido me está taladrando los oídos, así que hagamos que valga la pena.

—¿Al menos escuchaste lo que dije? —pregunta Sally, pisando el acelerador.

—Además de ochenta millones de dólares para los beneficiarios en caso de muerte... ¿qué otra cosa encontraste?

—Una cláusula de veinte millones por secuestro.

—¿Pensarías que los Keir arreglaron el secuestro de su propia hija para cobrar esos veinte millones?

—A sus dos hijas. Y contrataron al chofer, Paul Jones, para hacer el trabajo sucio. Pero las cosas no salieron como lo esperaban —dice Sally—. Jones no era un criminal. Así que primero se le escapa la hija mayor, y después termina matando por accidente a la hija menor. Una catástrofe rotunda.

—Depende desde dónde lo veas. Cobrarían cuarenta millones del seguro por el secuestro de las dos hijas —estima Hensley—, pero con la muerte de Jenny esa cantidad se duplicó.

—Y aquí hay algo más. En el archivo del seguro de Jenny viene una adenda. Es el depósito que hace una compañía llamada Mutual Financiera a la cuenta personal de Neil. Es decir, la familia sí hizo efectivo el cobro del seguro. Un seguro que, ciertamente, estaba firmado con Keir Insurance Co., pero con responsabilidad financiera hacia otra compañía.

—Me perdí. ¿Por qué?

—Lo mismo me pregunté. Pero encontré la respuesta. Porque hace veinte años, cuando Neil y su esposa decidieron asegurarse a ellos mismos y a sus hijas, Keir Insurance Co. estuvo al borde de la quiebra. Pero después de la muerte de Jenny, dejó de estarlo.

—¿Cómo hiciste para tener acceso a los registros financieros de la aseguradora?

—No lo hice. Es increíble la cantidad de cosas que se encuentra uno en los buscadores de Internet hoy en día.

—Karen y Neil secuestraron a su propia hija.

—A eso se refería Jones en su nota de suicidio cuando habla del culpable que todavía tenía que expiar su culpa —sentencia Sally.

—Ah, no —refunfuña David.

—¿Qué cosa?

—Pues que lo que dijo Pauly no fue «culpables», sino «culpable». En singular.

* * *

Bar Harbor ya no está tan lejos. Brenda y Karen han alcanzado ya la parte de la autopista que bordea el bosque y el St. Marcus. En cualquier momento tendrán una vista plena de la represa.

—Tú padre no tenía idea —confiesa Karen. —Espero que tú seas más comprensiva.

Brenda está tragándose la furia. Aprieta el volante con tanta fuerza que las manos se la han empezado a poner rojas.

—Íbamos a perderlo todo. La compañía estaba al borde de la quiebra. Todo lo que construyó tu abuelo, y luego tu padre... todo estaba en riesgo —reconoce Karen—. Pero una pequeña cantidad de dinero bien inyectado podía servir para levantar la compañía, para darle el respiro que necesitaba y volver a nutrirlo con nuevos capitales, nuevos clientes. Fue entonces que se me ocurrió el plan. A mí. Es que yo siempre fui muy creativa, solo que tu padre no me lo reconoció.

Para él, siempre fui una muñeca alabastrina.

—No puedo creer que Paul te ayudó.

—Tuve que darle un empujoncito, no te creas. No fue que aceptara así como así. Tuve que investigarlo antes, encontrar su punto débil para poder sumarlo a mi plan. Necesitaba que fuera alguien que tuviera a la mano, ¿sabes? A quien pudiera vigilar durante y después del evento. La idea era secuestrarlas. Mantenerlas cautivas en el cuarto de máquinas de la represa, en el bosque. Un lugar tranquilo, donde nadie pudiera escucharlas y no corrieran peligro. Después de todo, la represa está siempre abierta, siempre apagada.

Brenda sigue sin dar crédito a las palabras de su madre.

—Todo lo demás ya lo sabes. Un desastre. —A Karen se le rompe la voz—. Un desastre que me robó a mi niña.

El llanto parece genuino. Pero para Brenda no deja de ser el llanto de un monstruo. Karen se recompone:

—Pero, al mismo tiempo, salvamos la compañía. Cobramos el dinero. No veinte, ni cuarenta, sino ochenta millones. Míranos. Los lugares donde vivimos. Los autos que tenemos. La vida que llevamos. Al final, todo salió bien.

Brenda obtiene una primera vista de la represa. Cuando pasa por aquí, su vista se pierde en la imponente figura de concreto, pero ahora no. En su cabeza resuenan las palabras de su madre. Le nublan la vista, pero no deja de acelerar cada vez más. Y más.

«Míranos. Al final, todo salió bien».

Brenda Bracken da un volantazo hacia afuera de la carretera.

* * *

—¡Alto! ¡Dentente ya!

Sally Lonsdale presiona el freno de golpe. Las marcas de llanta quedan tatuadas en el pavimento. El olor a hule quemado lo impregna todo. David desciende del vehículo. La cabeza le duele todavía, pero ya ha recuperado el equilibrio. Le quedará un tremendo chichón. Sally se apea también. Al borde de la carretera, hundido en una cuneta, ven el convertible de Neil Keir, hecho trizas. Se ha salido del camino.

Hensley corre para buscar a Brenda. El coche está vacío. Pero hay rastros de sangre tanto del lado del piloto como del copiloto. David ve algo de maleza molida más adelante. El suelo está mojado por las lluvias recientes. No es difícil encontrar huellas frescas. Alcanza a detectar un trayecto. Van en dirección a la represa, la cual se erige imponente ante él. Están a pocos metros de ella.

David pega carrera no sin antes pedirle a Sally que llame a los refuerzos. Esto no puede prolongarse más.

* * *

Brenda intenta ganarle la carrera a su madre, quien la sigue con una pistola. Siempre ha tenido mala condición. Ahora lo lamenta. Karen, por el contrario, puede parecer una mujer frágil, pero es bastante atlética. De ahí debió sacarlo la pobre Jenny.

Brenda hace caso omiso a los gritos de su madre, que le piden que se detenga. Ha alcanzado la escalera del muro hidroeléctrico y ha comenzado a subir. Su madre lanza un par de tiros de

advertencia. Pero la periodista no tiene intenciones de atender las súplicas de su madre. Quiere estar lo más lejos posible de ella.

Para Brenda, ya no hay dudas. Fue su madre quien logró disuadir a su padre de que hablara con ella. Su padre cargaba con la culpa de haber cobrado el dinero del seguro de Jenny y haber salvado su compañía con él. Se sentía sucio por haber reconstruido su imperio sobre el último aliento de su hija. El pobre nunca supo que su propia esposa lo maquinó todo. Y luego la propia Brenda, ahogada por la culpa de haber pisado el acelerador para buscar ayuda. En una familia de secretos y culpas, la única culpable real era su madre. Y Karen no sentía remordimiento alguno por lo que hizo, qué ironía.

Brenda alcanza por fin la cima de la represa. Pero al dar el primer paso se queda sin aliento. Está exhausta. Su cuerpo quiere colapsar. Su respiración es agitada y siente palpitaciones en las sienes. Solo entonces se da cuenta de que su frente está goteando sangre. El choque le ha dejado una herida.

Brenda se detiene por solo un instante antes de continuar. Tiene que recuperar el aliento. Pero ese momento le da a su madre el tiempo suficiente para reducir la distancia entre ambas. Apenas si Brenda ha comenzado a moverse de nuevo cuando su madre ya está tras de ella, en lo más alto de la represa.

—Por favor, hija. Para ya —le suplica.

Brenda voltea a verla, tiene una herida en el brazo izquierdo. Con la mano derecha sostiene la pistola.

—No me hagas hacerte lo que le hice a Vicente Álvarez. Ni a Bruno. Ni al policía ese. Ni lo que le hice a tu padre. Tengo que proteger lo que he logrado. De lo contrario, ahora sí lo perderemos todo.

La rabia se apodera de Brenda una última vez. No duda en abalanzarse sobre su madre, así, desarmada, con sus manos desnudas.

Karen dispara. Brenda se detiene.

—Un disparo más de advertencia, cariño. El que sigue, ya no lo será.

Brenda se asoma por la cima de la represa. Está a la altura de las compuertas. Puede ver el agua fluyendo de manera salvaje, como una estampida imposible de someter. Para ella, saltar se ha convertido en una opción.

—¡Manos en alto! —grita Hensley.

Brenda mira sobre los hombros de su madre. Ahí está David, apuntando con firmeza. Karen se gira y le entrega una sonrisa falsa.

—Detective, ¿cómo va de la cabeza? Aunque puedo ver que el pómulo ya va sanando. Pude haber caído en la trampa del «colega», ¿saben? Pero tú y yo ya nos habíamos enfrentado antes.

—Suelta el arma, Karen. Los refuerzos están en camino. Sé que tú fuiste la autora intelectual del secuestro de tu propia hija.

Karen no ha dejado de apuntarle a Brenda. El detective la tiene sin cuidado. Ya tuvo una oportunidad de dispararle antes. Y no lo hizo. No cree que pueda ser capaz de jalar el gatillo. Ni en esa ni en ninguna otra circunstancia.

—Bájela usted, oficial. O disparo yo. Tengo a mi Brenda en la mira.

—Voy a contar hasta tres —advierte el detective.

—Ya maté a mi esposo. Y puedo verlo en sus ojos: cree que conspiré para matar a mi propia hija. ¿Cree entonces que no mataría a la otra también?

Al escuchar eso, Brenda se enciende. Ningún revólver va a evitar que haga justicia hoy, de

cualquier manera. Brenda intenta derribar a su madre mientras está distraída con David, pero no lo consigue del todo. Karen solo se desbalancea, jala a su hija y la empuja contra el precipicio. Pero no cae, logra aferrarse de su propia madre. En el forcejeo, Karen pierde el revólver. David ya corre hacia ellas. Karen hace un último movimiento. Utiliza todo su cuerpo para empujar a su hija, que está casi en vilo, hacia el vacío. Hensley se arroja contra Brenda y la derrumba, sacándola de la trayectoria de Karen. La señora Keir es incapaz de detenerse. Su impulso la lleva al borde de la represa. Todo lo que ve son las aguas reclamando un sacrificio. En esa temporada, se alimentan de vidas humanas.

Karen Keir cae.

Brenda hunde su cara en el pecho de David. No puede levantar la vista. De pronto, el único ruido es el rugir del río St. Marcus.

Capítulo 32

—Muy buenas noches, mi nombre es Brenda Bracken. Ha sido un placer estar con todos ustedes a través de WBH Newsradio, la señal informativa de Bar Harbor. Que tengan una buena noche. Que tengan una buena vida. Los abrazo.

La señal de «al aire» se apaga. Desde los controles, Ximena niega con la cabeza. Brenda sale de la cabina. Se dirige a ella. La abraza.

—No tienes que irte, ¿sabes?

—Quiero irme.

—Eres la mejor.

—Y pretendo seguirlo siendo —bromea Brenda—. Por cierto, ya puedes checar el sitio. Es brendabracken.com. Creo que necesito cierta independencia.

Brenda clava su mirada en un rincón de la cabina. Desde ahí puede ver a Bruno Helton, observándola.

—¿Sin rencores? —pregunta Brenda.

—Sin rencores —responde él—. Aunque me imagino que eso significa que puedo enviarte la factura del hospital.

—Todo lo cubre la estación. Fue un accidente de trabajo.

* * *

David Hensley y Sally Lonsdale están en la comisaría. Cada cual en su lugar, haciendo lo que más detestan: trabajo de escritorio. El caso de Jenny Keir era un verdadero rompecabezas y había que crear un informe consistente. Llevan dos semanas en lo mismo.

—¿Tienes el informe del forense?

—Sí, Hensley. Markesan lo confirma. Neil Keir no se acuchilló. Karen lo hizo. La posición de sus manos... él intentó sacarse el arma con sus últimas fuerzas.

—Terrible.

—¿Tienes tú las copias de las pólizas?

—Sí, y ya tenemos la orden oficial para que Keir Insurance Co. nos abra sus informes financieros —afirma Hensley.

—Estoy cansada.

—Quiero irme a casa y cenar con mi mujer.

—Y yo quiero que me lleves contigo, colega.

Un sobre cae encima del escritorio de Hensley. Si su área de trabajo ya es un cementerio de archivos y documentos, ahora tiene algo más con lo cual lidiar. Sally y David estaban tan abstraídos que no vieron a Brenda Bracken entrar.

—¡Brenda! —exclama David con un gusto legítimo y poniéndose de pie.

—David. Sally. ¿Qué tal están? —saluda la periodista.

—Ocupados —lamenta Sally—. ¿Tú cómo lo llevas?

—Tan bien como podría esperarse después de todo lo que pasó.

Brenda se levanta el mechón de cabello que cae sobre su frente. Les muestra una cicatriz que aún no sana del todo.

—No se ve tan mal, ¿no? Mi herida de guerra.

David hace una mueca y dice:

—Podría ser peor, me imagino.

—Pues yo les traje un regalo —dice Bracken señalando la carpeta que acaba de traer—. En mi sitio oficial voy a iniciar una serie de reportajes en torno a la represa, una de las obras más llamativas y también más inútiles de Bar Harbor. Pero hay algo más. En mi investigación encontré algo que puede ser de interés policiaco. Les doy la primicia.

Brenda se da media vuelta. David y Sally se estiran para ponerle primero la mano encima a la carpeta. Lonsdale sale triunfadora.

—Me la pido —dice Lonsdale.

—¿Qué se supone que hagamos con eso? —pregunta David al aire.

Brenda se detiene en el umbral.

—Yo qué sé, detective. Pero si necesita de una periodista en su aventura, ya sabe dónde me puede encontrar.

Notas del autor

Espero que hayas disfrutado leyendo este libro tanto como yo disfruté escribiéndolo. Estaría muy agradecido si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia.

Conéctate con Raúl Garbantes

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor escíbeme directamente a raul@raulgarbantes.com. También me puedes encontrar en:

www.raulgarbantes.com

[Amazon](#)

[Facebook](#)

[Instagram](#)

Mis mejores deseos,

Raúl Garbantes

Otras obras del autor

[Goya](#)

[Tiroteo](#)

[La Huida](#)

[El Ausente](#)

[Sombra Infernal](#)

[Noche Criminal](#)

[Juegos Mortales](#)

[Golpe de Muerte](#)

[Misión Riesgosa](#)

[Miedo en los Ojos](#)

[Suicidas del Aspa](#)

[Laberinto de Sangre](#)

[Paradero Desconocido](#)

[Atentado en Manhattan](#)

[El rapto de Daniel Evans](#)

[El Palacio de la Inocencia](#)

[Los Secretos de Blue Lake](#)

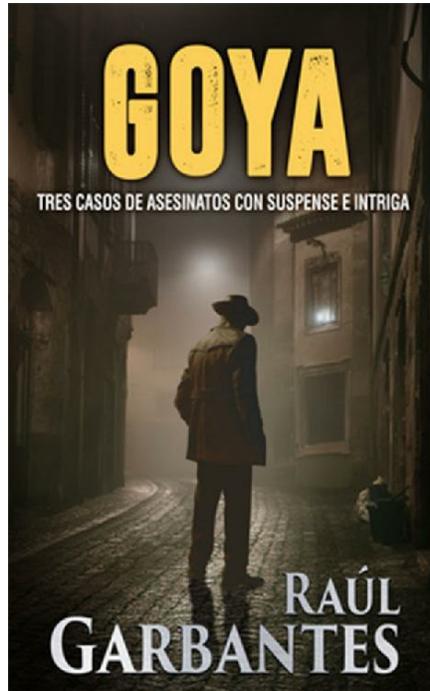
[Investigador Privado Nathan Jericho](#)

[La Caída de una Diva \(Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 1\)](#)

[Fuego Cruzado \(Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 2\)](#)

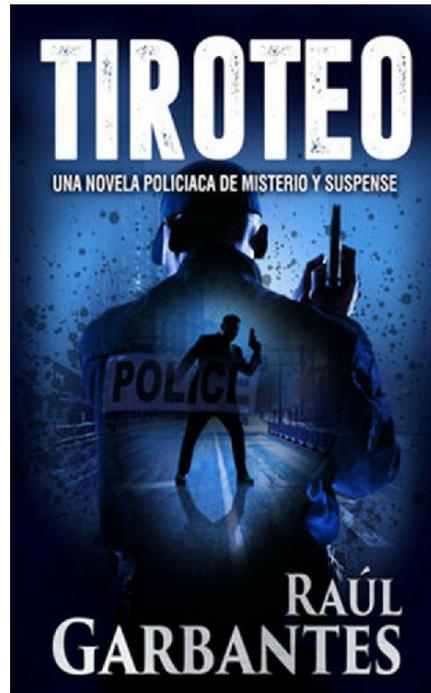
[Asfixia: \(Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 3\)](#)

Goya: Tres casos de asesinatos con suspense e intriga



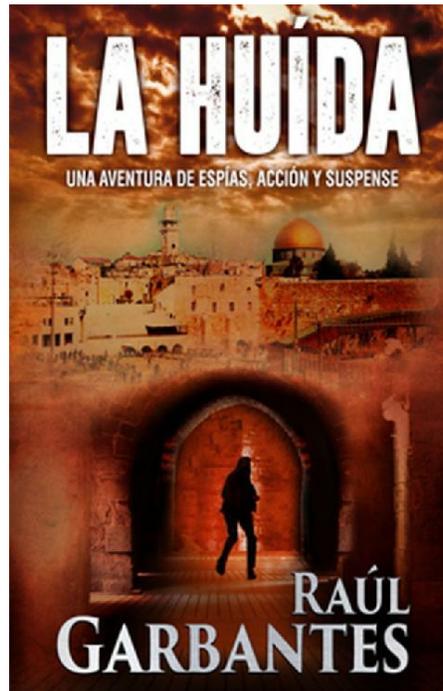
Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Tiroteo: Una novela policiaca de misterio y suspense



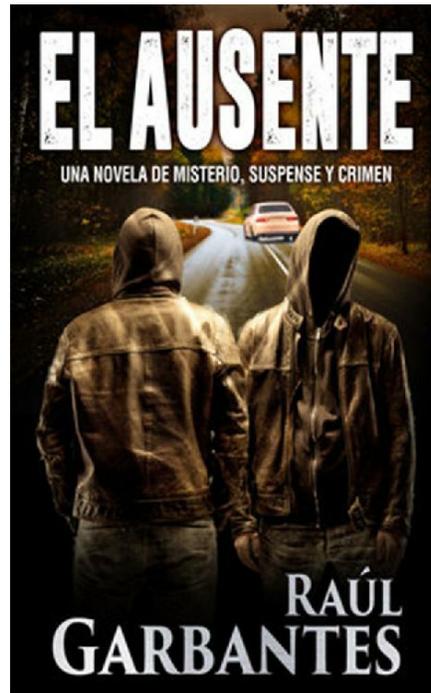
Versión Kindle – Adquiere-la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere-la [AQUÍ](#)

La Huida: Una aventura de espías, acción y suspense



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

El Ausente: Una novela de misterio, suspense y crimen



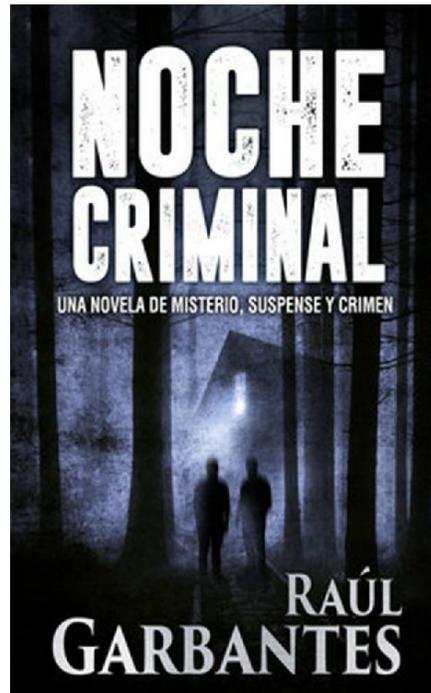
Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Sombra Infernal: Un thriller de acción, misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Noche Criminal: Una novela de misterio, suspense y crimen



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Juegos Mortales: Una novela de suspenso, crimen y misterio



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Golpe de Muerte: Una novela de intriga, misterio y asesinato



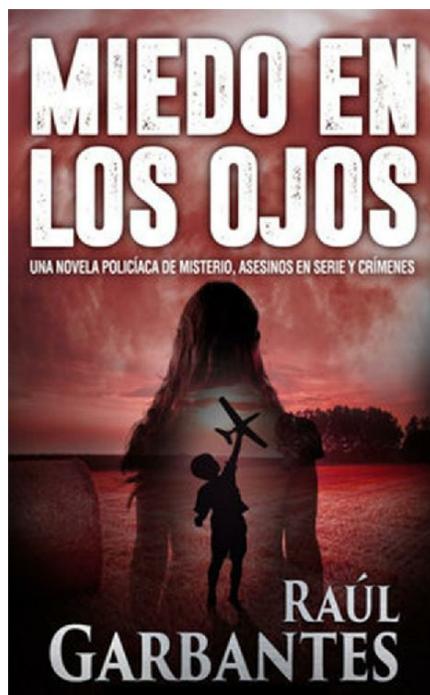
Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Misión Riesgosa: Un thriller de acción y romance; misterio y suspense



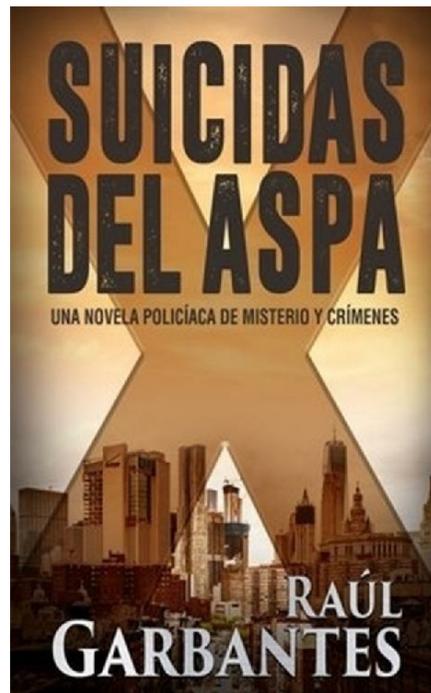
Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Miedo en los Ojos: Una novela policíaca de misterio, asesinos en serie y crímenes



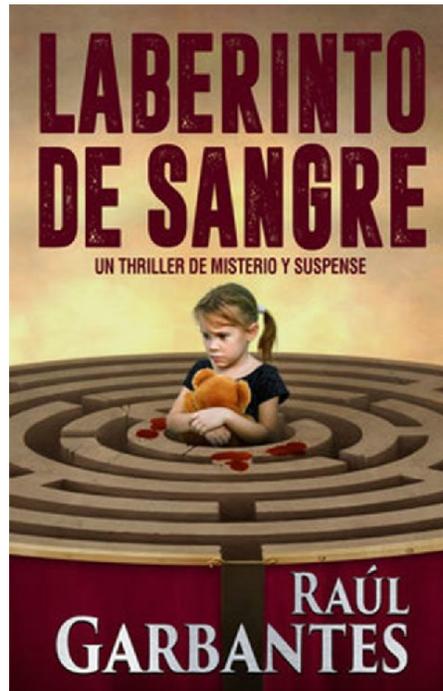
Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Suicidas del Aspa: Una novela policíaca de misterio y crímenes



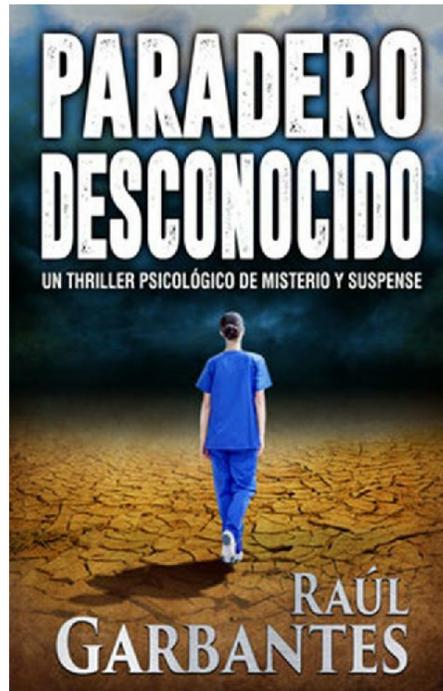
Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Laberinto de Sangre: Un thriller de misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Paradero Desconocido: Un thriller psicológico de misterio y suspense



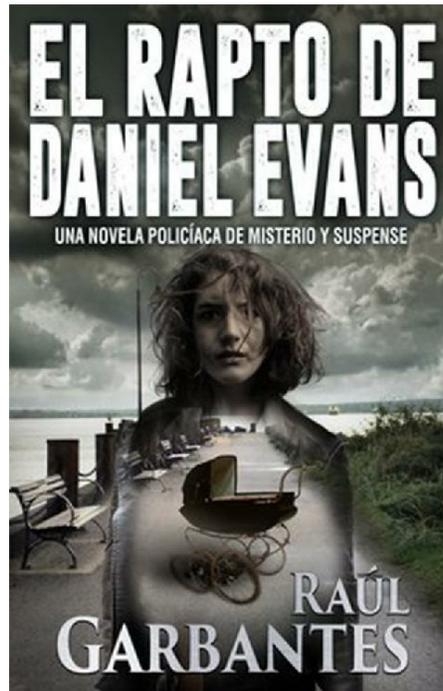
Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Atentado en Manhattan: Un thriller de acción, misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

El rapto de Daniel Evans: Una novela policíaca de misterio y suspense



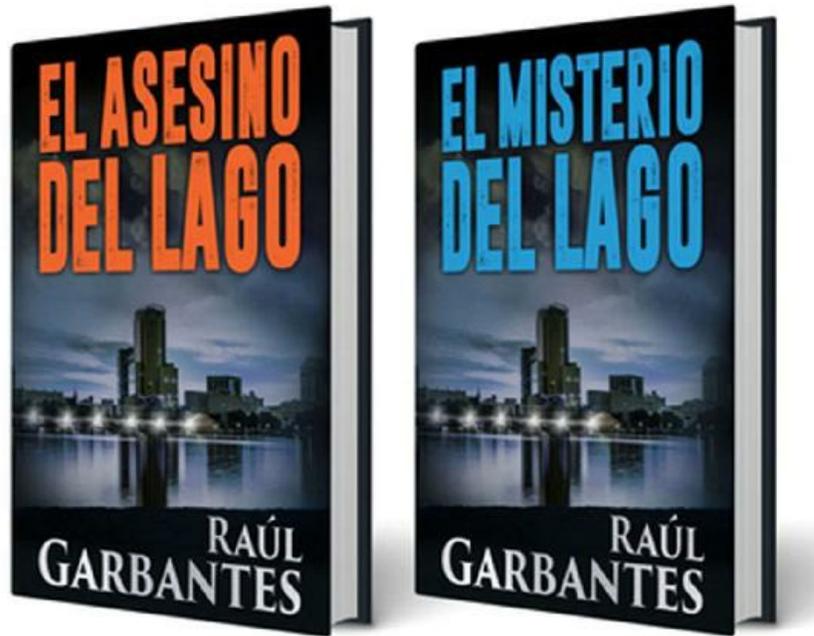
Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

El Palacio de la Inocencia: Un thriller de misterio y suspense



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Los Secretos de Blue Lake: dos novelas de asesinos seriales, misterio y suspense



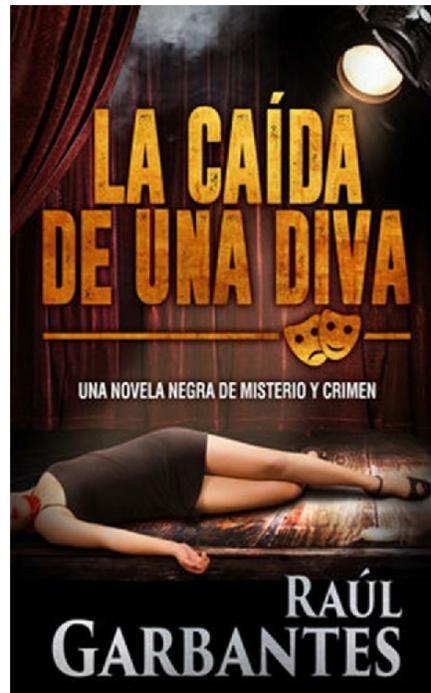
Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Investigador Privado Nathan Jericho



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

La Caída de una Diva: Una novela negra de misterio y crimen (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 1)



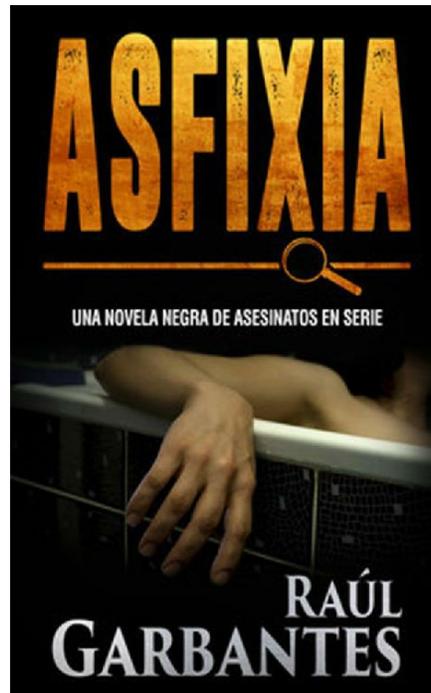
Versión Kindle – Adquiere-la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere-la [AQUÍ](#)

Fuego Cruzado: Una novela negra de romance, misterio y crimen (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 2)



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Asfixia: Una novela negra de asesinatos en serie (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 3)



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)